

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 8 DE JUNIO DE 1914

Núm. 1.693



UNA JUGADA DE POLO, escultura del artista norteamericano Mr. Herbert Haseltine que se exhibirá próximamente en la Galería Goupil de Londres. (Véase la página 384.)



Texto. — Roma. Los nuevos cardenales. — *Lo que no pena la ley*, por Federico Trujillo. — *Esculturas de Herberto Haseltine*. — Madrid. Fiestas benéficas. — *La victoria* (novela ilustrada; continuación). — Barcelona. Notas de actualidad. — Barcelona. Inauguración de la Biblioteca de Cataluña. — Madrid. Estreno de la égloga lírica «Maruxa» en el Teatro de la Zarzuela.

Grabados. — Una jugada de Polo; Uno de los caballos favoritos de S. M. la Reina de Inglaterra; Equipo yanqui de polo que jugará con los ingleses el campeonato de América, esculturas de Herberto Haseltine. — Dibujo de Tamburini, ilustración a *Lo que no pena la ley*. — El escultor norteamericano Mr. Herberto Haseltine modelando una estatua ecuestre de S. M. el Rey D. Alfonso XIII. — Los nuevos cardenales (dos láminas). — *Idilio en Pompeya*, cuadro de H. C. Daudin. — *Fantasma*, cuadro de M. Levis. — Madrid. Fiestas benéficas. — Srta. Doña Concepción Espina de Lema. — Barcelona. Notas de actualidad. — Inauguración de la Biblioteca de Cataluña. — El maestro Vives. — D. Luis Pascual Frutos. — Una escena del segundo acto de «Maruxa».

ROMA. — LOS NUEVOS CARDENALES

(Véanse las láminas de las páginas 386 y 387)

En el Consistorio celebrado el día 25 de mayo último, S. S. el Papa Pío X creó los catorce nuevos cardenales siguientes: Aidán Gasquet, Juan Csernoch, Héctor Sevin, Gustavo Piffel, Félix Hartmann, Miguel Lega, Francisco de Bettinger, Felipe Giustini, Escipión Tecchi, Victoriano Guisasola y Menéndez, Domingo Serafini, Jacobo della Chiesa, Ludovico Beguín y Antonio Méndez y Bello. Además en este Consistorio [ha tomado el capelo el cardenal Hornig que fué creado en el Consistorio de 1912.

El abad *Aidán Gasquet* es inglés y presidente de la Congregación benedictina inglesa, que cuenta con gran número de monjes insignes y ha ejercido siempre grandísima influencia en los estudios. Es una de las figuras más eminentes de la Orden benedictina; dotado de gran cultura, especialmente en materia de disciplinas históricas y bíblicas, ha publicado muchas obras que gozan de gran fama y entre las cuales figura la *Historia de los monasterios ingleses en tiempo de Enrique VIII*, libro que le conquistó mucha celebridad. Durante el pontificado del papa León XIII fué encargado de estudiar la debatida cuestión de la validez en las ordenaciones anglicanas, y el trabajo que con este motivo llevó a cabo fué objeto de grandes y unánimes elogios. El nombramiento de monseñor Gasquet, aparte de los méritos que en éste concurren, se justifica por el deseo de Pío X de conceder un cardenal a la importante Orden benedictina, que no tenía más que al cardenal húngaro Vaczary, hoy retirado en el monasterio de Pannonhalma y decidido a no intervenir más en las cuestiones de la Iglesia a pesar de su actividad en otro tiempo.

Monseñor *Juan Csernoch*, arzobispo de Strigonia, es primado de Hungría y fué promovido a aquella sede el 13 de diciembre de 1912. Nació en 1852 y ocupa en Hungría un puesto eminente; pertenece a la Cámara de los Magnates en la que toma con frecuencia la palabra cuando se tratan cuestiones de política eclesiástica. Es en Hungría el paladín de los llamados católicos modernizantes, que no deben ser confundidos con los católicos denominados modernistas.

Monseñor *Héctor Ireneo Sevin* es arzobispo de Lyon y primado de las Galias, cargos en que sucedió hace pocos años al cardenal Coullié. Nació en Simandre, diócesis de Belley, en 23 de marzo de 1852 y fué elegido obispo de Chalóns en 1898. Es un escritor de singular perspicacia, severo, dotado de una vasta erudición canónica, enérgico y universalmente querido y estimado en su diócesis. Intransigente en cuanto afecta a las doctrinas y a los derechos de la Iglesia, es contrario a todas las tendencias liberales y a toda tentativa de conciliación entre el actual Gobierno francés y la Santa Sede.

Monseñor *Gustavo Piffel*, arzobispo de Viena, fué muchos años auxiliar en aquella sede del cardenal Gruscha a quien sucedió el 2 de mayo de 1913. Reciente está el recuerdo de su meritísima labor durante el memorable Congreso Eucarístico celebrado en la capital de Austria y son unánimemente reconocidas la sabiduría y la prudencia de su gobierno pastoral y las muchas virtudes con que ha sabido conquistarse el amor y la reverencia de sus diocesanos y el respeto y la estimación de sus mismos adversarios. Está reconocido como jefe del catolicismo liberal de Austria, en donde la *Pius Verein* constituye el órgano colectivo de la prensa católica austriaca.

Monseñor *Félix Hartmann*, arzobispo de Colonia, nació en Münster en 1851 y en 1891 fué nombrado obispo de aquella sede, pasando un año después a la que actualmente ocupa, como sucesor del cardenal Fischer. Es continuador de éste en el favor que concede a la tendencia liberal llamada de Colonia, a los sindicatos obreros mixtos y al interconfesionalismo del Centro, en el Reichstag, contra la tendencia intransigente, llamada de Berlín, cuyo jefe era el finado cardenal Kopp. La tendencia de Colonia ha influido en la conservación de la paz religiosa entre los católicos alemanes, sin perder nada de su poder político, debido al apoyo de elementos amigos no confesionales.

Monseñor *Miguel Lega*, canónigo vicario de San Eustaquio, nació en 1860 en Brigsighella, es consultor de la Congregación Consistorial y de la del Santo Oficio y de la Comisión pontificia de los estudios bíblicos, y oficial de la Sagrada Congregación de Ritos; después de la reconstitución de la Sacra Rota Romana por Pío X, fué nombrado decano de este alto tribunal. Se le considera como uno de los más ilustres canonistas y la mayor parte de su carrera ha transcurrido en la enseñanza, siendo profesor de Procedimiento eclesiástico en la facultad de Derecho. Cuando el actual pontífice decretó la codificación del Derecho canónico, monseñor Lega fué llamado a formar parte de la comisión encargada de realizar esta gran reforma, a la que aportó el concurso precioso de su vasta cultura y de su gran sentido jurídico.

Monseñor *Francisco de Bettinger*, arzobispo de Múnich y de Frisinga, nació en Landstuhl en 1850 y en 1909 fué elegido para ocupar la sede arzobispal de la capital de Baviera. Es el inspirador de la *Augustinus Verein*, asociación gemela de la *Pius Verein*, de Viena, y que tiene al frente de la sección de la prensa al célebre polemista, jesuita, P. Kolb, el más valeroso adversario de los actuales integralistas. Es muy querido de sus diocesanos y muy estimado en Alemania por su talento y sus virtudes.

Monseñor *Felipe Giustini*, nació en Cinetto, provincia de Roma, el año 1852. Su carrera ha sido rápida y brillante: a los veinticinco años era ya profesor del Seminario romano; en 1902 fué nombrado secretario de la Congregación de Obispos y Regulares y consultor del Santo Oficio; en 1904 formó parte de la comisión para la codificación del Derecho canónico, fué consultor de la Congregación de *Propaganda Fide* y figuró en el tribunal de la Rota; y en 1908 se le nombró secretario de la Congregación de los Sacramentos. Se le reputa como uno de los más doctos y profundos juristas y canonistas contemporáneos.

Monseñor *Escipión Tecchi*, canónigo lateranense, nació en 1854 y es asesor de la Congregación Consistorial y consultor de la de los Ritos. Expertísimo en materias de Derecho y Disciplina eclesiásticas y de Procedimientos canónicos, es justamente considerado como uno de los más ilustres prelados de la Curia Romana. Como sus colegas, monseñores Lega y Giustini, es más dado al estudio y resolución de los asuntos de las congregaciones que a ejercer influencia política.

Monseñor *Victoriano Guisasola y Menéndez* nació en Oviedo en 1852, hizo sus estudios en el Seminario de aquella ciudad y en el de Toledo, cursando, al mismo tiempo que la eclesiástica, la carrera de Derecho. Promovido al presbiterado, desempeñó importantes cargos en Ciudad Real, Orihuela y Santiago de Compostela y fué preconizado en 1893 obispo de Osmá, pasando después a las diócesis de Jaén y Madrid y a las archidiócesis de Valencia y de Toledo. Es orador elocuentísimo y escritor de grandes méritos y sus pastorales se citan como modelos.

Monseñor *Domingo Serafini* nació en Roma en 1852, hijo de una ilustre familia romana, educóse con los jesuitas y entró, muy joven todavía, en la Orden benedictina, profesando en el monasterio de Subiaco, en donde fué ordenado de sacerdote y nombrado maestro de novicios; con este mismo cargo pasó poco después al monasterio de San José de Albaro, de Génova. En 1888 fué enviado como prefecto de los clérigos a Torrechiara, cerca de Parina, y más tarde nombrado procurador general de la Orden en Roma. En 1896 nombrósele abad general con residencia en los monasterios de Subiaco, en donde permaneció cuatro años, transcurridos los cuales fué nombrado arzobispo de Spoleto. Pío X, conocedor de su talento, de su celo y de su discreción, lo envió a México como delegado apostólico; pero permaneció allí muy poco tiempo y de regreso en su diócesis fué llamado nuevamente a Roma como asesor del Santo Oficio, altísimo cargo que ahora ha dimitido al ser elevado a la dignidad cardenalicia.

Monseñor *Jacobo della Chiesa*, arzobispo de Bolognia, nació en Pagli, cerca de Génova, en 1854, y es hijo del marqués della Chiesa y de la marquesa Migliorati. Hizo con gran provecho sus estudios en el Colegio Capranica de Roma y luego en la Academia de Nobles eclesiásticos, en la que, algunos años después, había de enseñar Ciencia diplomática, materia en la que es una verdadera autoridad teórica y práctica. Acompañó a monseñor Rampolla del Tindaro en la nunciatura de España y con él regresó a Roma en 1887, cuando aquel prelado ilustre, creado cardenal por León XIII, fué nombrado Secretario de Estado. Monseñor della Chiesa, adjunto a la Secretaría y honrado con la confianza de monseñor Rampolla, llegó a ser substituto del mismo, cargo que desempeñó hasta diciembre de 1907, en que fué nombrado arzobispo de Bolognia.

Monseñor *Ludovico Beguín*, arzobispo de Quebec, capital del Canadá, nació en Levis, diócesis de Quebec, en 1840. Elegido obispo de Chicoutimi en 1888, tres años después fué promovido al arzobispado titular de Cirene y nombrado coadjutor del arzobispo de Quebec, a quien sucedió en 1898. Se le llama con razón el obispo de los obreros: con ocasión de una gran huelga de obreros de calzado, que es una de las principales industrias del Canadá, los patronos se dirigieron a monseñor Beguín solicitando su arbitraje, y el prelado consiguió resolver, a satisfacción y con gratitud de ambas partes, el gravísimo conflicto entre patronos y obreros. La elevación de monseñor Beguín al cardenalato ha sido acogida con gran entusiasmo por los católicos canadienses, que son en grandísimo número y que desde hace mucho tiempo venían solicitando de la Santa Sede el honor de contar con un representante en el Sacro Colegio de Príncipes de la Iglesia.

Monseñor *Antonio Méndez y Bello*, patriarca de Lisboa, es una de las más ilustres figuras de la Iglesia portuguesa. Su nombramiento había sido reservado en el anterior consistorio y ahora Su Santidad lo ha proclamado en el celebrado últimamente. Su designación tiene especial importancia, puesto que significa, en cierto modo, una reconciliación o aproximación de la República de Portugal a la Santa Sede y parece responder a una rectificación por parte del gobierno portugués de sus ideas y procedimientos persecutorios contra los católicos.

Monseñor *de Hornig* no ha sido creado cardenal en el consistorio de 25 de mayo próximo pasado, sino que lo fué en el de diciembre de 1912; pero ha tomado el capelo en el de ahora.

En este último consistorio, Su Santidad pronunció un importante discurso en el que después de hacer el elogio de los cardenales cuyos substitutos acababa de nombrar, expresó la necesidad de llenar las vacantes dados los tiempos críticos por que atraviesa la Iglesia motivados por las falsas doctrinas que se deslizan en todas partes para corromper la fe y las costumbres del pueblo cristiano y por los ataques que diariamente la Iglesia ha de sufrir de parte de los hombres que repudian su reinado social o expulsan de la vida pública la religión.

Manifestó el consuelo que a su corazón habían dado las grandiosas manifestaciones de piedad de las fiestas constantinianas que recordaron al mundo que Cristo es la única fuente de paz. Felicitó a los hombres que procuran por todos los medios impedir las calamidades de los motines y las matanzas de las guerras; pero afirmó que tan laudables propósitos resultarán estériles si no se arraigan profundamente en los corazones los preceptos de la justicia y de la caridad cristianas. Dijo que sólo la Iglesia, constituida por su divino fundador en guardadora de la justicia y de la caridad y en maestra de la verdad, puede asegurar la salvación de todos, razón por la cual no solamente se la debe dejar cumplir libremente su misión sino que es preciso ayudarla de todas maneras a realizarla, lo contrario de lo que se hace ahora, ya que se la trata como si no fuese la madre de la civilización, como si fuese la enemiga del género humano.

Añadió que los católicos no debemos asombrarnos de esto, pues sabemos que la Iglesia está destinada a recibir injurias a cambio de beneficios y sabemos también que el divino auxilio no le faltará nunca, ni aun en la adversidad, según nos lo garantiza Jesucristo y nos lo atestigua la historia.

Terminó evocando el regreso triunfal de Pío VII a sus Estados, hace cien años, en que pudo admirarse como ornada de la aureola del martirio la constancia de aquel santo anciano que solo contra la obstinación de un déspota había resistido victoriosamente.

La ceremonia de la imposición de la birreta a los nuevos cardenales efectuóse el día 28 y revistió gran solemnidad.

LO QUE NO PENA LA LEY, FOR FEDERICO TRUJILLO, dibujo de Tamburini



... yo le zubbía a su cuarto los tiestos de claveles dobles y las rosas de te

(ESCENAS DE LA VIDA)

PRIMER CUADRO

En medio del jardín, a la sombra de un naranjo, hablan Pepe Luis y Mariquilla. Ella es pequeña, pero gallarda y graciosa; tiene los ojos negros, y la mirada alegre llena de vida, como todas las mujeres andaluzas. Es la hora de la siesta. Por entre las hojas de los árboles se filtra el sol; un sol ardiente y andaluz. En la huerta que se mira, esta «Huerta Milagrosa», que así la nombran porque da flores y frutos para toda la villa, todo florece y fructifica en una alegre explosión germinadora. En la estufa duermen las flores exóticas y en el plantel claveles, rosas, begonias, geranios y heliotropos impregnan la atmósfera con sus perfumes o lucen orgullosos sus colores como de una mágica paleta. Canta un surtidor en el silencio del mediodía y una abeja golosa zumba sobre las mieles de un parral. El Sr. Curro, padre de Mariquilla, descansa de sus faenas de jardinero en un banco rústico. Duerme.

MARIQUILLA (*levantando la voz*). - ¡Ea, basta! No te empeñes, porque vamos a salir riñendo.

PEPE LUIS. - ¿Y eso, qué importa? Yo opino que los disgustos entre novios son necesarios.

MARIQUILLA. - ¡Qué capricho!

PEPE LUIS. - Podrían compararse a las tempestades: refreosan el ambiente y purifican la atmósfera.

MARIQUILLA (*riendo*). - ¡Tiené gracia! ¿Te gustan las emociones fuertes?

PEPE LUIS. - Sí. Cuando no hay altercados en unas relaciones, éstas resultan un manjar muy soso.

MARIQUILLA. - ¡Estar de monos! ¿Verdad que la frase es graciosa?

PEPE LUIS. - Sobre todo cuando queda la esperanza de una reconciliación.

MARIQUILLA. - ¡Dices bien!

PEPE LUIS. - ¡Después de la nuestra, mi cariño se ha fortalecido y te quiero como nunca te quise... Mariquilla!

MARIQUILLA (*deslumbrada por la palabrería de Pepe Luis, murmura*). - ¡Ah, si fuera verdad!

PEPE LUIS. - ¿Aun dudas?

MARIQUILLA. - Quisiera creerte.

PEPE LUIS. - ¿Acaso no te quiero?

MARIQUILLA. - Sí, como a una amiga; quizás sea tu amor el capricho de un momento...

PEPE LUIS. - ¡Y tú? No me conoces, Mariquilla... Sí, te quiero como a una amiga: la discreta amiga que embellecerá mi existencia. Soñaba yo un ser que fuera mi compañero perdurable. Soñé que con él marchaba a lo largo del camino de la vida; con él cruzaba las mismas distancias y me detenía al borde de los mismos precipicios...

MARIQUILLA. - Así; háblame así; deslúmbreme con tus palabras, engañame, que mientras viva engañada seré feliz.

PEPE LUIS. - Si no te engaño, Mariquilla; sólo te digo lo que siento. No tienes fe en mi cariño.

MARIQUILLA. - No me falta la fe. (*Apasionada*.) ¡Es que tengo miedo de perderte!

PEPE LUIS (*sonriéndose y con mucho mimo*). - ¡Oh, cabecita, cabecita loca; la quimera te martiriza. (*Los dos quedan un momento en silencio.*) ¿En qué piensas?

MARIQUILLA. - ¿Y tú?

PEPE LUIS. - ¡Si fuéramos de cristal y se pudieran leer nuestros sentimientos!..

MARIQUILLA. - Sufriríamos mucho. (*Como asaltada por una idea súbita, inquieta y nerviosa, se acerca a Pepe Luis y mirándole fijamente pregunta*.) ¡Júrame, por la salvación de tu alma, que ya no quieres a esa mujer!

PEPE LUIS. - ¡Por la salvación de mi alma! No sé si la querrá ya el diablo.

MARIQUILLA. - No te evadas. ¿La quieres?

PEPE LUIS. - No. ¡Te lo juro!

MARIQUILLA. - ¡Falso!..

PEPE LUIS. - ¿Qué dices?

MARIQUILLA. - Los pericámicos de Madrid me traen al cortijo la noticia de tu casamiento con una señorita hermosa y muy principal.

PEPE LUIS. - ¡Maldita prensa!

MARIQUILLA (*llorando*). - ¡Todo, todo es verdad!

PEPE LUIS. - Pues bien, es verdad; pero sólo te quiero a ti. Por ti he luchado con entusiasmo. Tú eres la heroína de mis novelas y la virgen de mis canciones; ellas han llevado siempre tu nombre: el nombre del más sano, del más feliz amor de mi vida. En vano he tratado de arrancarme cruelmente ese ideal de mi alma; me ha seguido a todas partes: en la calle, en el estudio, hasta en la hora silenciosa del sueño, tú, siempre tú, te alzabas ante mis ojos; era tu misma voz son dulce la que vibraba en mis oídos; eran tus palabras, tus cantos, tus risas, que renacían dentro de mí... ¿Y aun crees que puedo olvidarte?

MARIQUILLA. - Lo creo y lo dudo. ¡Pepe Luis, no sé lo que me pasa!

PEPE LUIS. - Si tú supieras lo que es pensar un día y otro día en una misma persona; esa idea persistente que se apodera de nosotros, que nos absorbe...

MARIQUILLA. - Sí; y he probado la amargura de la espera: soñar hoy que llegue mañana, y mañana que venga pasado.

PEPE LUIS. - ¡Viviendo siempre en el porvenir!..

MARIQUILLA. - ¡Soñando en que el día siguiente será el de la felicidad!..

PEPE LUIS. - En que tú comprenderías mis sentimientos.

MARIQUILLA. - Y tú pasabas cerca de mi jardín

sin decirme nada; pero yo esperaba siempre...

PEPE LUIS. — Y yo pensaba siempre en ti, viviendo de tus sonrisas... Y al acostarme, como una oración, murmuraba: ¡mañana!

MARIQUILLA. — Y cuando el sueño comenzaba a cerrar mis ojos, entre el temor y la esperanza decía: ¡mañana! ¡Siempre mañana!

PEPE LUIS. — ¡Estábamos heridos del mismo mal!

MARIQUILLA. — Pero una mañana, al fin... ¿Te acuerdas?..

PEPE LUIS. — Me acerqué a tu reja.

MARIQUILLA. — Estaba poniendo mis pajarillos al sol.

PEPE LUIS. — ¡Y cómo cantaban! Fué el preludio de nuestros amores.

MARIQUILLA. — ¡Pobres pájaros! Una semana después mi gato se comió el preludio.

PEPE LUIS (riendo). — ¡Tiene gracia!

MARIQUILLA. — ¡Pues mira, a mí no me hizo maldita gracia!.. (Suspirando y como pensando en algo remoto.) Y todo para terminar en que estos amores mueren, en que mi Pepe Luis se me va a la corte y no volverá a pensar más en «La huerta milagrosa» ni en Mariquilla, la pobre hija del señor Curro el jardinero, la humilde maestra de la escuela de este pueblo, que se quedará sola con sus chiquillas y sus flores.

PEPE LUIS (incómodo). — Vaya, ¿quieres que regañemos?

MARIQUILLA. — Mira, mi padre despierta.

EL SR. CURRO (después de desperezarse).

— Mariquiya, pa dentro, que es la hora de clase y van a venir las chiquiyas.

MARIQUILLA. — Déjelo, padre; ¿ven algo malo?

EL SR. CURRO. — ¡Anda pa dentro, he dicho!

PEPE LUIS. — Ya va, Sr. Curro... Y no tome usted café por si se desvela.

EL SR. CURRO. — ¿Qué quieres que tome, alhaja? ¿Infusión de adormideras?..

MARIQUILLA (a Pepe Luis, muy bajo). — ¿Y de tu boda?

PEPE LUIS. — No tengas miedo, mujer. Eso son «pláticas de familia»... Mientras no quiera yo y me ayude el cura...

MARIQUILLA. — Adiós... y no me olvides.

PEPE LUIS. — ¡Olvidarte!.. Llevo metido muy dentro el perfume de esos claveles que llevas bajo la peña.

MARIQUILLA. — ¿Quieres uno?

PEPE LUIS. — ¡Venga! (Lo coge y lo besa.) ¡Adiós, Mariquilla!

Pepe Luis se aleja con aire triunfador. Mariquilla suspira. Las alumnas de la escuela campesina, unas chiquillas pobremente ataviadas y con el rostro soleado, curtido por el aire, van entrando en la clase con un aire cómicamente juicioso.

UNA. — Güenas tardes, zeñita María.

OTRAS. — Zalú, zeñita.

EL SR. CURRO (por Luis). — ¡Éze, éze no vuelve!

MARIQUILLA. — ¡Tiene usted razón, padre! ¡Ése no vuelve! (Cae en un banco rústico y llora.)

Un grupo de niñas, curiosas, como pretendiendo adivinar el misterio del amor, contemplan alternativamente a la pobre maestra que llora y al galán que jinete en una jaca briosa se aleja carretera adelante, nimbado por el sol de la tarde como un príncipe de leyenda.

TELÓN RÁPIDO

* *

CUADRO SEGUNDO

Han pasado siete años. Es el día de la feria en Granada. Hay en el ferial tartanas y manuelas reple-

tas de hombres alegres y mujeres hermosas. Rodeado de macetas y cruzado de brazos, con la vista baja y el rostro triste, está el Sr. Curro en su puesto de flores. José Luis, llevando de la mano a una niña, se acerca a los tiestos y coge uno de claveles dobles.

PEPITA. — Mira, papá; le llevamos a mamá unas flores, que le gustan mucho.

PEPE LUIS (al Sr. Curro). — Buen hombre, ¿cuán-

tranquilo. Al que roba en un camino, al que mata frente a frente y jierro en mano, a ése le castigan. Pal que jiere a traisión sin arma, como ezos aires colaos que bajan de la zierra y dejan la muerte en la jería, azín zuavemente, zin zentilo, pa éze no ha inventao pena alguna la justicia de los hombres... Pero, vaya, váyaze, que no quieo apenale.

PEPITA. — ¿Y los claveles?

EL SR. CURRO. — ¡Ah! (Dándole el tiesto.) Toma y yévate los.

PEPE LUIS. — ¿Cuán-

to es, Sr. Curro?

EL SR. CURRO. — Lo que le yevaba mi Mariquiya en «La huerta milagrosa.»

PEPE LUIS (emocionado). — ¡Adiós!

EL SR. CURRO. — ¡Adiós, zeñito Luis!

(Besando a Pepita.) Y guarde bien esa floreciya temprana por zi es mayó y hermoza como la mía. (El señor Curro da un sonoro beso a Pepita, se enjuga un lagrimón que humedece su rostro resquemado por el sol, y mientras Pepe Luis y Pepita se alejan entre la abigarrada muchedumbre del ferial, vocea:)

¡Begonias, rosas y claveles!

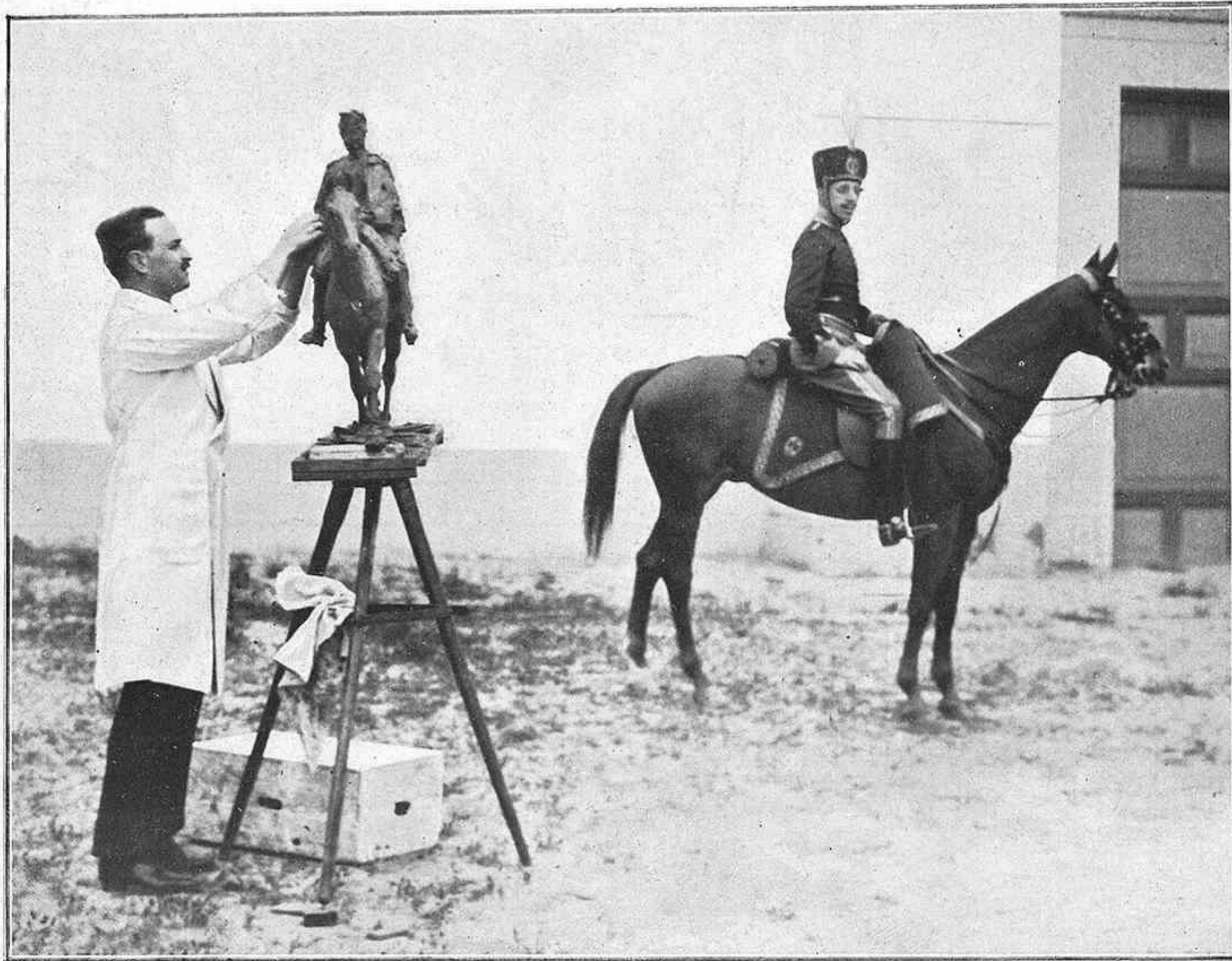
TELÓN

ESCULTURAS

DE HERBERTO HASELTINE

(Véanse los grabados de ésta y de las páginas 381 y 385.)

Encuétrase actualmente en Madrid el notable escultor norteamericano Mr. Herberto Haseltine, autor



El escultor norteamericano Mr. Herberto Haseltine modelando una estatua ecuestre de S. M. el Rey D. Alfonso XIII durante una de las poses con que se ha servido honrarle el monarca (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

to valen estos tiestos de claveles? (El Sr. Curro levanta la cabeza como si despertara de un sueño y palidece. Pepe Luis, asombrado, le reconoce.) ¡Señor Curro!

EL SR. CURRO. — El mismo, zeñito Luis... Pero no tenga miedo, que no le jaré ningún daño. ¡Ya ha pazao la nube roja!.. Zi el día que ze cazó uzté o el día en que ze murió eya, la cazualía nos pone frente a frente... ¡No sé lo que hubiá ocurrió, argo mu gorro, zeñito Luis!

PEPE LUIS. — ¡Sr. Curro!

EL SR. CURRO. — Misté: al prinsipio y cuando supo la noticia del casorio, lloró mucho; luego no la volví a ve llorá, y comenzó a perdé la coló y aquellas carnes de roza y sea y se queó en los huesos. Las chiquillas de la escuela desian que paresía la Virgen de las Angustias; los vesinos del pueblo la miraban con lástima, los mozos dejaron de echarla piropos, y el doctor la tomaba el purzo, movía la cabeza penzativo y decía ziempre lo mesmo: «Cierre la escuela. Descanse. No trebaje usté tanto...» Zi, dejó mi niña la escuela, que era su única distrasión; aqueyos ratos de clase que eran pa eya de orvío y de consuelo. ¡Várgame Dió, antes picáa, zeñito Luis! Hasta que un día la pobreciya no tuvo fuerza pa bajá ni a la claze ni al jardín; yo la zubiá a su cuarto los tiestos de claveles dobles y las rosas de te y las marimoñas, heliotropos y geranios, pa que gozase de argo zu vista. Los claveles eran sus favoritos. ¡Ay, zeñito Luis; recordaba la pobre zu úrtima entrevista!.. Una tarde ze zintió mu mala y con voz ajogáa me dijo: «Pare, zúbame usté aquí toas mis flores... ¡toas!..» Y yo las subí... Allí estaban sus marimoñas y sus claveles, los nardos, las gardenias y las rosas de cien hojas, y toas doblaban sus tayos hacia el zuelo... ¡Probeciya! ¡Toas ze las yevó en la caja y se marchitaron con eya! ¡Con eya se jué too: luz, flores, amor y alegría!.. Hasta aqueyos cantos y aqueyas risas de las niñas de la escuela que antaño me yenaban de gozó el cuerpo.

PEPE LUIS. — ¡Me parte usted el corazón, señor Curro!

EL SR. CURRO (con amarga ironía). — Ah, ¿pero usté tié corazón?.. Zi usté lo tuviera no dormiría tranquilo, porque usté la ha matao. Pero descanze

de las notables obras que en este número reproducimos, y de las cuales la que va en esta página, o sea la de la estatua ecuestre de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, está destinada al Museo de Arte Español de Nueva York, y las demás figurarán en la exposición que su autor inaugurará en breve en la Galería Goupil de Londres.

No es necesario ahondar mucho en el examen de estas esculturas para señalar a Mr. Herberto Haseltine un puesto eminente en el arte plástico contemporáneo.

Aunque se trata de composiciones de carácter anecdótico, en todas ellas se advierte el sello de un espíritu observador y se ve la mano de un artista consumado.

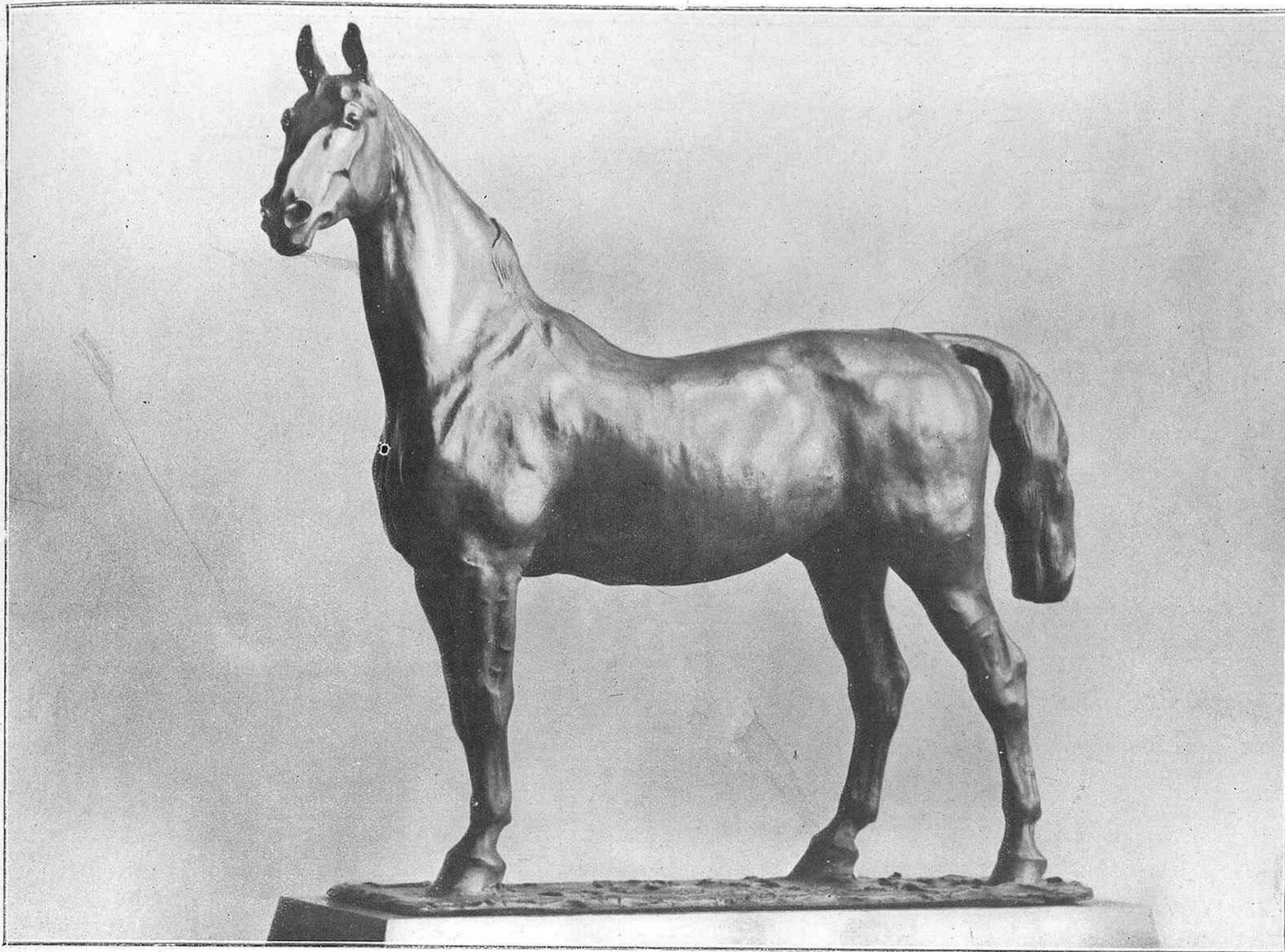
Hay en ellas vida y movimiento; sus figuras se nos presentan con una verdad y una naturalidad admirables y en sus actitudes, lo mismo en las de reposo que en las que responden a un acto de esfuerzo, diríase que los cuerpos no son materia inerte sino que se mueven a impulsos de una voluntad y que en ellos ha sabido el artista infundir realmente un alma.

Los protagonistas de *Una jugada de polo* son verdaderamente admirables; la violencia de sus posturas, la fuerza que sus brazos desarrollan blandiendo las mazas, la expresión de sus rostros en los que se refleja el interés y el empeño puestos en la realización de una jugada comprometida, son rasgos que demuestran bien claro lo que anteriormente afirmamos.

Y lo propio sucede, aunque en orden distinto, con el *Equipo yanqui de polo que jugará con los ingleses el campeonato de América*.

Lo que decimos de las figuras humanas puede aplicarse igualmente a los caballos que Mr. Herberto Haseltine modela de una manera magistral, según puede apreciarse en las dos hermosas obras antes citadas y en el *Caballo favorito de la Reina de Inglaterra*.

En Madrid ha ejecutado el celebrado escultor una estatua ecuestre de nuestro monarca, S. M. el Rey Don Alfonso XIII, quien se ha servido honrarle sirviéndole de modelo en varias sesiones, una de las cuales reproduce el grabado de esta página.

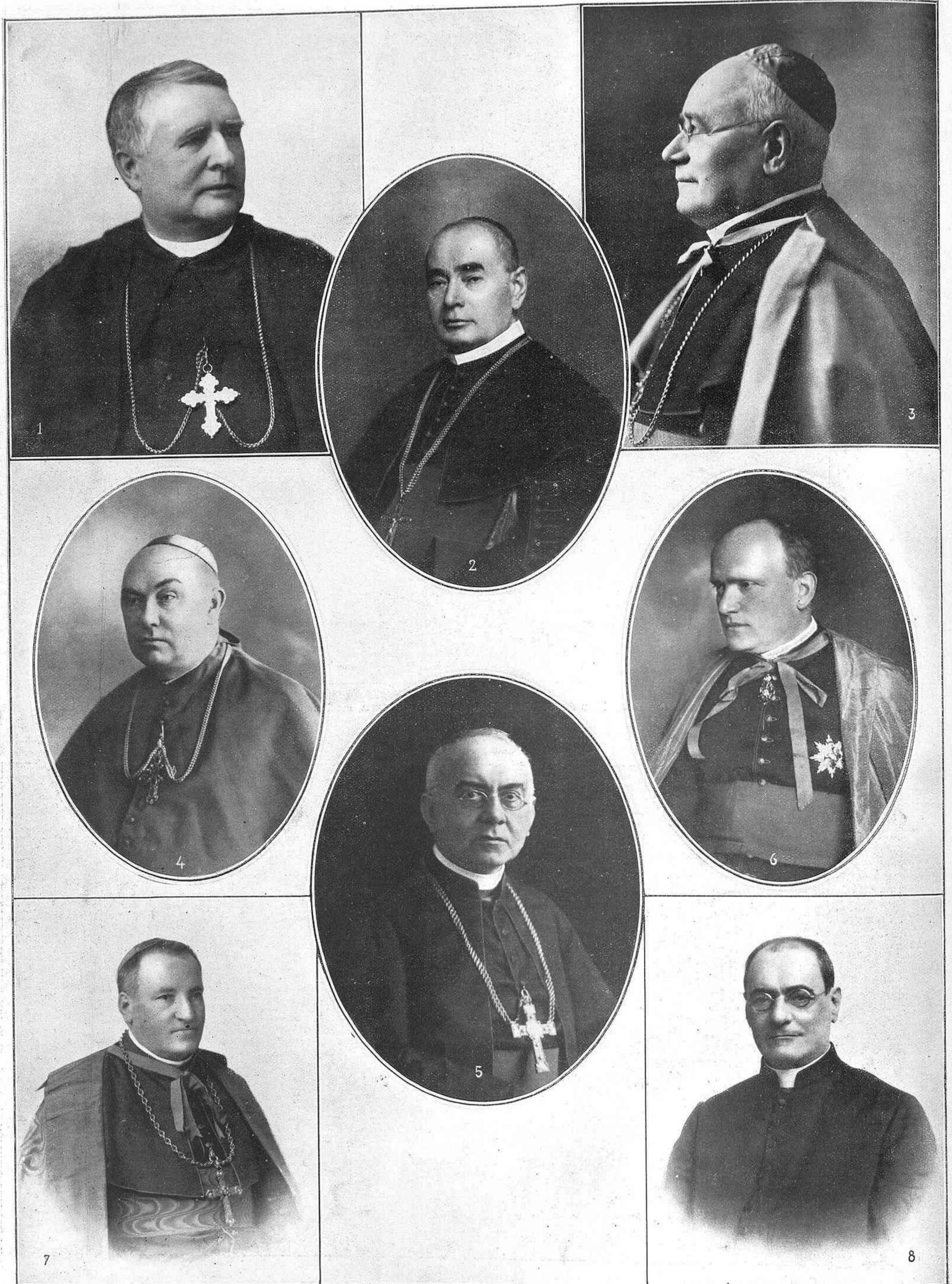


Uno de los caballos favoritos de S. M. la Reina de Inglaterra, escultura de Mr. Herberto Haseltin

95



Equipo yanqui de polo que jugará con los ingleses el campeonato de América, escultura de Mr. Herberto Haseltine



1. Monseñor Aidán Gasquet, presidente de la Congregación benedictina inglesa. - 2. Monseñor Juan Osernoch, arzobispo de Strigonia. - 3. Monseñor Héctor Ireneo Sevin, arzobispo de Lyon y primado de las Galias. - 4. Monseñor Gustavo Piffi, arzobispo de Viena. - 5. Monseñor Félix Hartmann, arzobispo de Colonia. - 6. Monseñor Miguel Lega, canónigo vicario de San Eustaquio. - 7. Monseñor Francisco de Bettinger, arzobispo de Múnich y Frisinga. - 8. Monseñor Felipe Giustini, secretario de la Congregación de los Sacramentos.



9. Monseñor Escipión Tecchi, canónigo lateranense. - 10. Monseñor Victoriano Guisasola y Menéndez, arzobispo de Toledo y primado de las Españas. - 11. Monseñor Domingo Serafini, arzobispo de Spoleto. - 12. Monseñor Jacobo della Chiesa, arzobispo de Bolonia. - 13. Monseñor Ludovico Beguín, arzobispo de Quebec. - 14. Monseñor de Hornig, que fué creado cardenal en el consistorio de diciembre de 1912 y ha tomado el capelo en el celebrado el 25 de mayo último.



IDILIO EN POMPEYA, cuadro de H. C. Daudin

(París. Salón de los Artistas Franceses. 1914. - Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



FANTASÍA, cuadro de M. Levis

(Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Múnich.)



Madrid. Fiesta benéfica celebrada en Villa Olea. - S. M. la Reina Doña María Cristina, S. A. R. la Infanta Doña Isabel y S. A. la princesa Beatriz en el pórtico de la Villa después de presenciar la fiesta.

MADRID. - FIESTAS BENÉFICAS

Recientemente se han celebrado en Madrid dos fiestas cuyos productos se destinan a objetos de beneficencia: una función de cuadros vivos organizada



Srta. Doña Concepción Espina de Lema, notable novelista, que acaba de publicar en la «Biblioteca Renacimiento» la nueva novela *La Esfinge maragata*.

por la Junta protectora del Apostolado de señoras para el mejoramiento moral y material de la clase obrera; y la Fiesta de la Flor a beneficio de los dispendiosos tuberculosos.

La primera se efectuó en el gran salón-teatro de Villa Olea, que estaba suntuosamente adornado con

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

reposteros y tapices, cedidos por el duque de Medinaceli, y a ella asistieron S. M. la Reina Doña María Cristina, SS. AA. la Infanta D.^a Isabel y la Princesa Doña Beatriz, el nuncio de S. S. monseñor Ragonesi, y numerosa y distinguida concurrencia.

Los cuadros vivos que se representaron en la fiesta citada fueron los siguientes: *La gallina ciega*, tapiz de Goya, por los niños Carmen y María Isabel de Satrustegui, Amelia López Dóriga, Mercedes Cejuela, Francisco Santa Cruz, Álvaro Padilla, Luis Semprún y Antonio Udaeta.

Carlos Luis de Baviera y su hermano Roberto, cuadro de Van Dick, por los niños Juan Antonio y Javier de Aznar, ataviados con magníficas armaduras.

Santa Teresa y el Niño Jesús, por la señorita Emilia F. de Villavicencio y la niña Alejandra de Limiers.

Santas Justa y Rufina, cuadro de Goya, por las señoritas Casilda y María Josefa Fernández de Henestrosa.

España a la Inmaculada, por las señoritas Pérez de Guzmán, López Dóriga, Villavicencio, Estefané, Noriega, Muguero, Bascarán, Maura, Topete, Heredia, Torres Almunia, Rafecas, Alborada y Larrainza.

Todos los cuadros fueron presentados con gran propiedad y riqueza y admirablemente dirigidos por el ilustre pintor señor Moreno Carbonero, secundado por el Sr. Prado.

Terminó la fiesta el obrero Enrique Pérez recitando con admirable entonación el monólogo *Morir por la patria*.

La Fiesta de la Flor se celebró con extraordinaria brillantez y con el éxito más satisfactorio. A las diez de la mañana un repique general de campanas en todas las iglesias anunció el comienzo de la benéfica cuestación e inmediatamente linajudas damas ocuparon las mesas de peticorio, y bellísimas y aristocráticas señoritas, muchas de ellas tocadas con la clásica mantilla, y todas ostentando la insignia de la doble cruz roja adoptada por la Junta, se dedicaron a postular por los alrededores.

Las ilustres damas que ocupaban las presidencias de las mesas eran: condesa de Romanones, duquesa de la Victoria, marquesa de la Corona, señora de Rodríguez Larbo, condesa de Velillo, duquesa de Baena, señora de Escario, marquesa de Casa Laiglesia, condesa de Heredia Spinola, señora de Espino, señora viuda de Ruiz Martínez, condesa de Torrealaz, condesa de Garay, señorita de Gullón, señora de Ranero, marquesa de Briás, señora de Marina, señora de Villegas, marquesa de Portago, señora de Santos Suárez, marquesa de Salamanca, marquesa de Comillas, señora viuda de Zubalburu, condesa de Sagasta, señora viuda de Fernández Latorre, señora de Pulido y condesa de Montalvo.

Las postulantes detenían a los transeúntes, asaltaban los tranvías, paraban los coches, se introducían en las tiendas, en los Bancos, en las oficinas, en el Congreso, en el Senado, etc., y de todo el mundo y en todas partes obtenían buenas limosnas a cambio de las flores que ofrecían. Cuando



Señoritas que compusieron el grupo «España a la Inmaculada»

salieron de Palacio, en automóvil, SS. MM. los Reyes D. Alfonso y D.^a Victoria, lindas señoritas rodearon el coche logrando cuantiosos donativos de las augustas personas, las cuales hubieron de repartir otros durante todo el trayecto. Y lo propio sucedió a los demás individuos de la Real familia.

En una palabra, bien puede afirmarse que nadie se libró aquel día de las acometidas de las bellas postulantes y que todo el mundo, desde el más modesto obrero al hombre más acaudalado, contribuyó



Madrid. Fiesta de la Flor. - SS. MM. los Reyes D. Alfonso y Doña Victoria aceptando flores que les ofrecieron varias señoritas a la salida de palacio.

al fin humanitario de la fiesta. Los estudiantes, por su parte, recorrieron la ciudad tocando pianos de manubrio, realizando excelentes recaudaciones.

La Fiesta de la Flor fué un éxito; bastará decir que lo recaudado asciende a 130.000 pesetas.

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

LA VICTORIA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO ACKER. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

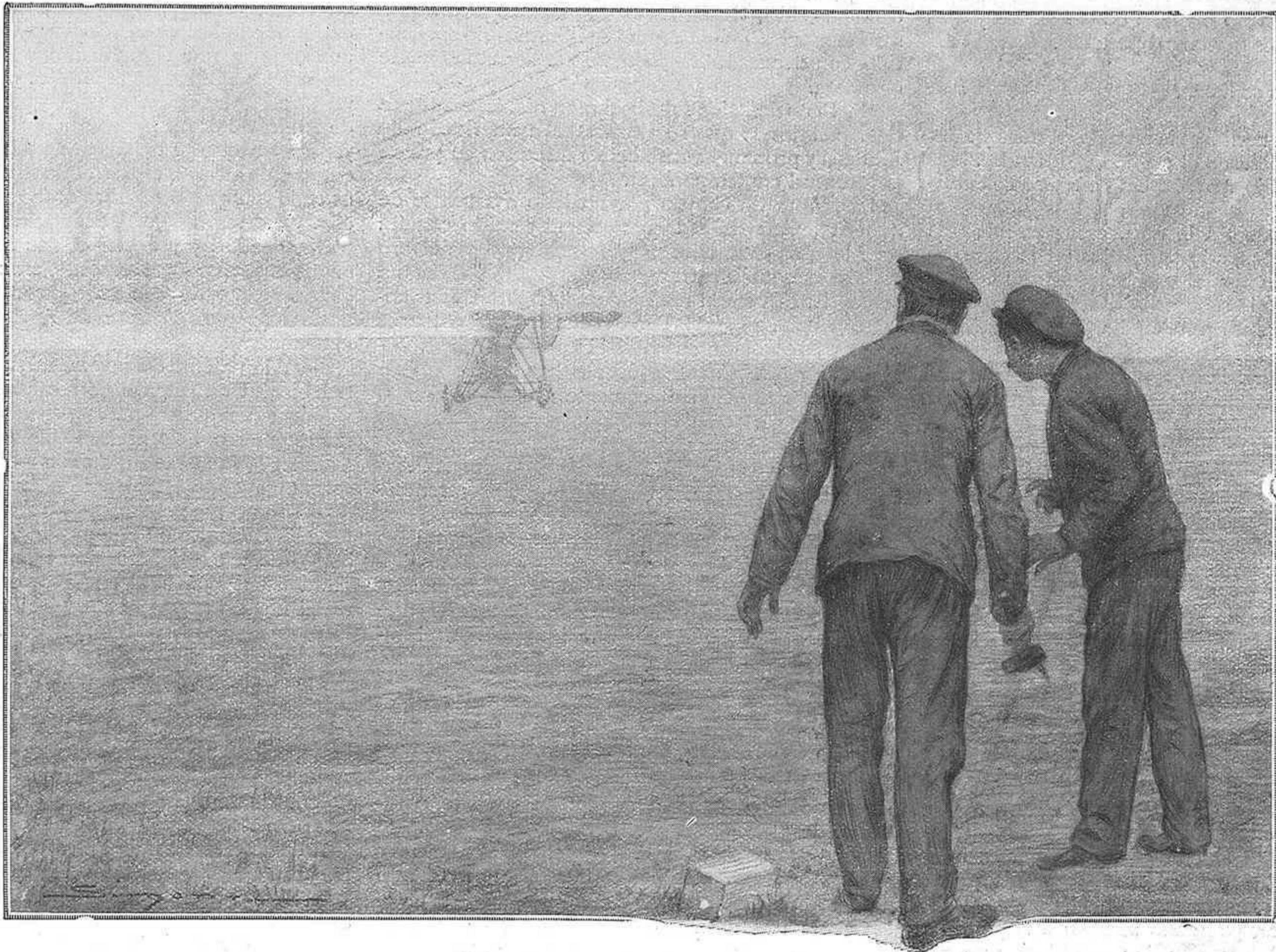
Un joven ministro contó una vez en los salones de la señora de Crayán, que durante su corto ministerio, recibió en su gabinete a centenares de visitantes: unos hablabanle de negocios, de intrigas electo-

V

Al finalizar la tercera semana, Andrés comenzó a construir su aeroplano.

char juntas, ni limar tubos. Faltábales un obrero inteligente y que trabajase de prisa, en fin, un parisiense.

Rouard le propuso a un ajustador de Billancourt,



Y el aparato partió entre la niebla!

rales, de rivalidades, de venganzas; otros exigíanle el relevo de un prefecto; otros la jubilación de un profesor, condecoraciones, favores; otros iban a denunciarle a religiosos o a funcionarios; uno solo le habló del interés nacional y ése estaba loco... Todos riéronse de esta anécdota que parecía una salida de tono, pero Andrés no la dió al olvido. En aquel instante en que el Sr. Peudecoeur, aun representaba ante él a uno de los innumerables tiranuelos para quien la política no es más que un medio, de oprimir miserablemente a los demás, se despertaba con más relieve y más pujanza que nunca, en su memoria. Entretanto el alcalde permanecía inmóvil.

— Yo no he votado nunca, declaró Andrés, ni votaré nunca, después de haber oído sus palabras. He venido aquí para trabajar. Entre mi trabajo y su política de usted no existe nada de común.

El alcalde, con un gesto paternal, puso la mano sobre el hombro de Andrés:

— Es usted muy joven. Estoy seguro de que si reflexiona cambiará de resolución.

Y dió algunos pasos.

Andrés, maquinalmente, le acompañó.

— A propósito, Andrés, dijo el alcalde, muy amable, como si no hubiese pasado nada entre los dos; sin duda piensa usted ensayar su aeroplano en su campo.

— Sí.

— Pues bien; le voy a dar un consejo, un consejo de amigo, se lo repito; sea usted prudente cuando vuele. Hay pastos en las lindes del campo. No hablo de los míos, sino de los que pertenecen a mis administrados. Hay que evitar que se espanten los bueyes, que huyan; estas bestias causan perjuicios y en este país, tales como son nuestros labriegos, tendría usted disgustos.

— ¡Ah! ¡el viejo marrullero!, observó Rouard cuando Andrés le hubo comunicado las palabras del alcalde; son sus primeras amenazas.

Mientras que un contratista de Amiens levantaba en el campo en el sitio indicado un hangar para más tarde guardar el aeroplano, Andrés transformó con su camarada el cobertizo del patio en taller.

Andrés hubiera empleado muy gustoso en aquella tarea a habitantes del Catois, no para contentar al alcalde sino para procurarles la ocasión de que ganasen algún dinero; pero en aquella aldea, salvo el herrero que pudo instalar un pequeño yunque en el taller, todos trabajaban la tierra o excavaban las hornagueras.

Andrés no se preocupaba en si le tenían hostilidad o no. Al principio de su estancia en la aldea la tía Picquet le dijo que hablaban mucho de él. Unos decían que, joven ocioso, divertíase en gastar su fortuna en la construcción de aquel aeroplano y otros insinuaban que estaba algo loco. A veces por la noche los muchachos alargaban su paseo hasta la casa con la esperanza de poder escudriñar algo. Y él, que no era orgulloso, les dirigía al encontrarlos un saludo cordial, que le devolvían.

Luego la regularidad cotidiana de la vida embotó la curiosidad. Andrés contó a la tía Picquet la conversación que acababa de tener con el alcalde. Ella encogióse de hombros. El Sr. Peudecoeur era más tonto que malo. La vanidad le roía el alma; alcalde y consejero de un departamento, quería ser consejero general y diputado. Si hubiese alguien que le dijese la verdad se quedaría muy calladito. La gente del país no era mala.

No obstante, como se lo había imaginado Rouard, el Sr. Peudecoeur retiró el permiso para pescar en sus estanques.

Una fábrica de París reexpidióles fabricados los modelos de las piezas; no faltaba más que el montaje y el ajuste.

Acostumbrados a no montar más que motores, Andrés y Rouard perdieron mucho tiempo en esfuerzos estériles. No sabían ni ajustar piezas, ni rema-

de los talleres de Morán, un tal Pacot, que había trabajado también en casa de los Breugneux, donde le conoció. Pacot estaba casado y tenía dos hijos; estaría encantado de venir con la familia, sobre todo para ganar más sueldo. Era además un excelente obrero. Andrés aceptó y rogó a Rouard que le escribiera.

Pacot llegó tres días más tarde. En cuanto recibió la carta se la enseñó a su mujer, pues no tomaba nunca ninguna resolución sin consultarla. En seguida pusieronse ambos de acuerdo y en cuanto él pidió su cuenta en la fábrica, empaquetó sus efectos y pagó algunas facturas en el barrio, salieron de París.

Pacot, que había emigrado a París procedente de una aldea de los Ardennes y que no podía acostumbrarse a la vida sin libertad de los suburbios, tendría unos treinta años. Pequeño, moreno, fornido, corto de piernas, con el torso sólido y robusto, no engendraba jamás la melancolía.

Andrés esperábalos en la estación. En seguida reconoció a Pacot por habérselo descrito Rouard. El obrero saltó al andén, y su mujer, una rubia, un poco más alta que él, con un rostro flaco y dulce, le entregó primero una cesta, una red y una maleta y después a una niña morena como su padre y risueña, que podría tener unos tres años.

La madre bajó entonces, llevando en brazos a otra niña, gorda y carillena, que dormía aún con la boca entreabierta. Como eran los únicos viajeros que iban al Catois, permanecieron allí algunos segundos mientras pasaba un expreso fragoroso y humeante por la estación. Después, el hombre levantando la maleta con la mano derecha y con la izquierda la cesta y la red, y la mujer dando la mano a la niña mayor, que estrechaba contra su pecho a una muñeca de salvado, y con la pequeña en brazos, atravesaron la vía.

Desde el furgón los empleados tiraban al suelo sin miramiento los efectos del matrimonio: dos baúles viejos de piel de cabra de color castaño, una silla

de bebé donde iba atado un cubo con su pala, una camita de hierro, un baúl de mimbrés.

Andrés avanzó hacia ellos.

— ¿Es usted el Sr. Crayán?, preguntó Pacot.

Andrés tendióle la mano saludó a la mujer.

— ¿No ha sentido usted dejar a París, señora?

— No, caballero, dijo sonriendo sorprendida, siempre he deseado vivir en el campo.

Y señalando a sus dos hijas añadió:

— ¡Es tan bueno para los niños!

La mujer se inclinó hacia la mayorcita.

— Saluda a este caballero, Bernadette.

La niña, obedeciendo a su madre, levantó la frente hacia Andrés, diciéndole:

— ¡Buenos días, caballero!

Bernadette tenía un hoyuelo en la barbilla y ojos negros, sombreados por largas pestañas.

Andrés la besó.

— ¿Y esa, cómo se llama?

— Josefina.

Andrés la besó también; la niña despertó y asustada ocultó la cabeza en el cuello de su madre.

— ¡Vámonos!, dijo Andrés. Un carretero se encargará del equipaje.

Andrés los condujo a la casa, casi parecida a la suya, que había alquilado para ellos en la calle del Puente y detrás de la cual había un jardinillo.

— ¡Ah!, exclamó la señora Pacot, esto es muy distinto a nuestro quinto piso de París, en la calle de Menilmontant.

Pacot canturreaba. Poco locuaz de ordinario, manifestaba muy a menudo de este modo su alegría.

Puesto al trabajo desde el siguiente día, Pacot ajustaba, unía, limaba, apretaba pernos, machacaba remaches. Era, en efecto, un obrero hábil y no trabajaba sólo con destreza, sino también con interés. Aquel patrón, que desde el primer encuentro le estrechaba la mano, besaba a sus hijas y hablaba amablemente a su mujer, le había conquistado instantáneamente.

Sintiéndose solo entre tantos obreros en los talleres de Billancourt y en su populoso barrio de París, Pacot hubiese sufrido mucho si su natural alegre no hubiera sido un gran preservativo contra el dolor. En el Catois sintióse dichoso en seguida.

Aquello al menos era el campo, muy distinto sin duda de su áspero campo ardennés en donde el Meuse baña, al pie de los escarpados bosques, las grandes rocas pobladas de leyenda, y las aldeas que envuelve el humo de las fábricas, pero campo al fin, prados, agua, todo lo que él echaba de menos. Luego habíale confiado un trabajo que él solo podía hacer bien y no tardó por experimentar ingenua vanidad en colaborar, poniendo una parte importante de su trabajo, en la creación de una máquina nueva, llegando a amar al aparato, a medida que iba formándose con sus manos, con un amor lleno de reconocimiento.

Andrés a medida que el pájaro crecía preguntábase con ansiedad: «¿Volará?»

Poníanle las alas, cuando una tarde, a eso de las dos, se detuvo un automóvil delante de la casa, bajando de él la señora de Crayán y su hijo mayor, acompañados de Magdalena y de su hermano.

— Sr. Andrés, gritó la tía Picquet. Tiene usted visitas.

Andrés salió del taller y no vio más que a la señora de Crayán y a Pedro, pues Le Dorat se había quedado algo atrás con su hermana.

— Mamá, ¡cuánto te agradezco que hayas venido!

Al ver a Gastón y a la joven su alegría se desvaneció.

Era un cuadro singular el ver a la puerta de aquel modesto taller, en donde el aeroplano sin alas enderezaba su árbol de acero, a algunos pasos de aquellos hombres de chaqueta y sucios, a aquellas dos mujeres de una elegancia tan parisina, la señora de Crayán resguardado el rostro bajo una sombrilla de seda amarilla, vistiendo un traje sastre de raso azul y con una toca de paja en la cabeza guarnecida de plumas y Magdalena con un vestido de tafetán blanco y los cabellos negros ocultos bajo un ancho sombrero plano coronado de rosas.

Pacot, que estaba atornillando unos pernos mientras canturreaba algo, interrumpió su trabajo y se quedó mirándolas estupefacto. Un señor muy alto y muy delgado las acompañaba, Pedro, que vestía un terno verde cuya americana ensanchábase en las caderas, calzaba botas de cuero rojo con la caña de paño a cuadros y llevaba en la cabeza un pequeño sombrero flexible también verde con una cinta de terciopelo, con el nudo en forma de mariposa. Pero el asombro de Pacot era mayor al ver cerca de ellos a Andrés, con su chaqueta manchada de grasa y aceite, las manos ennegrecidas y el pantalón de lienzo ajustado al tobillo con un imperdible.

— Es su madre, cuchicheóle Rouard, señalándole a la señora de Crayán.

— ¿Y el hombre vestido de verde?

— Su hermano.

— ¡Ah bah! ¿Y la joven?

— No lo sé.

Pacot volvió a su trabajo pero no cantó más, por cortesía.

La señora Crayán quiso visitarlo todo... Primero la casa lanzando exclamaciones por el estilo:

— Pero ¿es aquí dónde vives? Veo que careces de todo... y no te aburras... Pero, ¿cómo es posible que no te aburras?

De cuando en cuando volvíase hacia Pedro y con los ojos levantados al cielo le ponía por testigo de su desesperación. Hasta faltáronle palabras para expresar la sorpresa que le produjo el dormitorio compartido con Rouard. No obstante, en secreto sentíase orgullosa.

En París se habían deshecho en alabanzas acerca de aquel joven que se desterraba a un rincón de Picardía y pronunciáronse bellos discursos en pro de la juventud contemporánea.

La señora de Crayán por un lado asustábase de aquella existencia tan contraria al sentido común: ¡qué locura!, éstas eran sus palabras; pero por el otro hallaba en aquella extravagancia un motivo de tierna vanidad... ella era la madre de aquel joven. Si triunfaba, ¡cuánta gloria! Pero, ¿triunfaría? Y entonces desarrollábase ante sus ojos el cortejo de las visiones fúnebres... ¡Cuántos jóvenes habían muerto ya por haberse atrevido únicamente a desafiar al cielo en su audacia. ¡Y su hijo exponíase aún a peligros más ciertos!

Magdalena no siguió a la señora de Crayán. Andrés la agradeció aquella discreción que sorprendióle al mismo tiempo.

— Adivino por qué ha venido aquí Le Dorat. Pero ¿por qué has traído a Magdalena?

La señora de Crayán respondió sencillamente:

— Le Dorat manifestó el deseo de verte; yo le dije que veníamos al Catois y le ofrecí un sitio en el automóvil. No podía dejar sola a Magdalena.

Andrés preguntó con algo de desconfianza:

— ¿Es eso cierto?

— ¡Ah! ¡pobre hijo mío!, suspiró la señora de Crayán; puedes creerme. Ya no pienso en casarte.

Y entró en el taller. Le Dorat hacía ya veinte minutos que daba vueltas alrededor del aparato, abrumando de preguntas a Rouard. Al ver a la señora de Crayán apresuróse a darla algunas explicaciones como si no hubiese querido enterarse más que con este objeto. Magdalena detúvose en el umbral de la puerta, arrojó una mirada indiferente al aparato y se alejó hacia el jardín sin que lo notase la señora de Crayán.

Ésta, en efecto, estaba demasiado conmovida. Cuando un aeroplano volaba por encima de París, si ella estaba en la calle, levantaba la cabeza por un instante, y sin extasiarse continuaba su camino. Pero ahora extendíase ante ella el nuevo aeroplano, en el que su hijo subiría pronto, y examinábalo con una especie de terror. Ahora Andrés se sentaría en él, se guiaría con aquel volante, manejando el gobernalle con los pies. ¿Y eran sólidos todos aquellos alambres? ¡Dios mío!, todo ello tenía un aspecto muy frágil. Ella tocaba con su mano enguantada la madera encerada de la hélice, el motor, las alas. ¡Ah!, sobre todo que Andrés no volase sin avisarla; ella quería estar allí... Él se lo prometió resuelto a no cumplirlo.

— ¿Cuándo hará usted su primer ensayo?, preguntó Le Dorat a Andrés.

— Esta semana.

— ¿Tiene usted esperanza en el buen éxito?

— Sí.

— ¡Es curioso! La armazón de acero y las alas de aluminio... lo mismo que esta disposición de la hélice... Evidentemente la concepción de usted tiene sus ventajas; pero con todo esto, ¿piensa usted volar inmóvil?

— Ya lo buscaré más tarde con este mismo aparato.

— No me explico el motivo por qué ha de ser con éste mejor que con otro.

— No sé yo quien le saque de dudas.

En el acento con que fueron dichas estas palabras Le Dorat comprendió lo que Andrés pensaba acerca de su indiscreta pregunta. La señora de Crayán, que temía que su hijo fuese aún más lejos, trató, con el pretexto de reunirse con Magdalena, de sacarlos fuera del taller.

— En seguida, señora, en seguida, dijole Le Dorat.

No era hombre Le Dorat que renunciase fácilmente a un proyecto que le seducía, y el cual había ya madurado de antemano. Él no se encogió de hom-

bros al conocer el proyecto de Andrés. ¿Por qué éste después de todo, no había de encontrar el medio de volar inmóvil? Y si lo encontraba, que quisiera o no, la fuerza de las cosas obligaría a construir y a vender... Habría que crear una sociedad... De esto se encargaría él, Le Dorat, porque Andrés, como todos los inventores, no era capaz de ello.

Los pocos minutos que pasó en el taller, fuéronle suficientes para enterarse; la comodidad del aparato, su resistencia, su ligereza, y la baratura de su fabricación le maravillaban. Hasta en el caso de que Andrés, a pesar de las modificaciones que mantenía secretas, no realizase su intento de volar inmóvil, siempre quedaría el monoplano, que tal como era, podía ser excelente para el Ejército. Así, pues, haría falta un hombre hábil para obligar a la comisión del Ejército a que lo aceptase, ocasionar los pedidos y crear una sociedad; Le Dorat asumiría todos aquellos trabajos. Él era amigo de la familia, y la señora de Crayán, que le estimaba mucho, vencería la resistencia de Andrés. Por otra parte, aunque la señora de Crayán no pensase ya en casar a su hijo, él abrigaba la convicción de que el trato frecuente con una mujer, es causa de que el hombre acabe por enamorarse de ella. De este modo Magdalena, sin sospechar nada, podía ayudarle; y él fué el que insistió en que le acompañase en aquella visita, asaz colérico, de que ella se prestase de tan mala gana.

La respuesta hiriente de Andrés no le turbó lo más mínimo.

— ¿Y la patente de invención?, ¿lo ha pensado usted bien? Una patente de invención únicamente es valedera por quince años..., siendo después del dominio público. Será preciso que se dé usted prisa en explotar la suya, pues a otros también puede ocurrírseles un aparato semejante.

— Eso no me preocupa, dijo Andrés.

— Es natural, no tiene usted tiempo... Pero algún amigo de usted debería preocuparse en su lugar... Hará usted muy mal en descuidarse... Si no tiene usted ningún amigo que esté al corriente de esta clase de negocios, yo me pongo absolutamente a su disposición...

Pacot, apoyado en una de las alas del pájaro y habiendo ya machacado su último remache escuchaba esta conversación. La gran curiosidad de Le Dorat le impacientaba, fijándose en que excitaba a Andrés. A haber podido, hubiera aconsejado a Rouard que no contestase a ninguna de las preguntas de Le Dorat; pero Rouard, que estaba tan orgulloso de hacer gala de su ciencia, hubiese estado hablando hasta la noche. Pacot llegó hasta a decirle en voz baja:

— He ahí uno a quien yo pondría de patitas en la calle si fuese el patrón.

Él pensaba, que, ante la repulsa de Andrés, Le Dorat no persistiría; pero por el contrario, éste continuaba en su empeño en querer averiguarlo todo.

Con un movimiento premeditado, Pacot, acercóse a Andrés, y a pesar de que no eran más que las tres y media, le dijo:

— Ya es la hora del descanso. Voy a cerrar el taller; ¿no le parece a usted?

Andrés miróle algo asombrado, pero Pacot le hizo un guiño.

— Sí, sí, afirmó Andrés muy satisfecho.

— Dispense usted, señor, dijo Pacot a Le Dorat, pero tengo que cerrar el taller.

Y, con el aire más inocente del mundo, le fué empujando hacia fuera.

Magdalena paseábase por el jardín mientras que la señora de Crayán entregaba a la tía Picquet las provisiones traídas de París, pues ella creía que aun en Amiens no se compraban más que malos comestibles. Andrés dirigióse hacia Magdalena. No había duda de que aquella muchacha no sabría estar nunca en el justo medio; habiéndola apasionado con exceso en París los proyectos de Andrés, ahora considerábalos con un ridículo desdén. Era una cabecita loca que no tenía dos adarmes de seso; pero la indiferencia de aquella cabeza hería al joven y éste quiso que ella lo supiese.

— Veo que no le ha durado a usted mucho su entusiasmo por la aviación, o lo que es más probable, que mi aeroplano no le interesa gran cosa.

Magdalena le miró francamente.

— En París se enfadó usted porque mi aprobación fué demasiado calurosa. No he olvidado la lección.

— Es que no me gustan los elogios, repitió desconcertado de súbito. Sobre todo cuando son incompetentes... Pero de esto a...

Ella no dijo nada.

— ¿No quiere usted ver el aeroplano?

Magdalena señaló hacia el taller.

— Su taller está cerrado.

Y añadió como si se tratase de una cosa insignificante:

- Ya me lo explicará mi hermano.
- Conoce en efecto el aparato tan bien como yo, repuso Andrés mordiendo los labios.

Pedro penetraba en aquel momento en el jardín y Magdalena le llamó.

- Pedro, ¿quiere usted que demos un paseo por la orilla del río?

Y sin decir una palabra más a Andrés dejóle en el jardín. Él, siguiéndola con los ojos, vió cómo atravesaba con Pedro el puentecillo de la esclusa, encaminándose hacia el puente. Magdalena no había abierto su sombrilla, y resguardada del sol por su gran sombrero, marchaba con paso flexible y leve. A pesar de su sorda cólera, Andrés no pudo menos de pensar que era encantadora.

Por la noche, Pacot, al abandonar el taller, presentó sus excusas:

- Esta tarde, Sr. Andrés, cuando estaba aquí ese caballero que lo quería saber todo, me permití... ya sé que hice mal..., en suma, que lo eché del taller...; es extraño, pero me ponía nervioso.

- Le doy a usted las gracias, Pacot, respondió Andrés.

Y al mismo tiempo le pareció volver a oír el tono indolente con que Magdalena le había dicho: «Ya me lo explicará mi hermano.»

- ¡Ah, sí! Pacot había hecho muy bien.

VI

- ¿De modo que eso es mañana, Sr. Andrés?

- Sí, señora Pacot, mañana a las cinco de la madrugada. Ya hemos llevado el aparato al campo y lo hemos metido en el hangar.

- ¿Y Pacot pasará la noche en él?

- No; él se había empeñado, pero no vale la pena. Tras una puerta sólida y con los cerrojos bien echados el aparato no corre ningún peligro.

La señora Pacot estaba disfrutando antes de comer, delante de la puerta de su casa, del aire fresco de la tarde.

Bernadette, sentada en el suelo, hacía deslizar atentamente sobre su brazo puñados de arena y Josefina, aprisionada en su silla, levantaba ceremoniosamente en línea recta ante sus ojos, una cuchara de palo.

Desde que habían llegado los Pacots, Andrés solía, una vez terminado el trabajo, ir a conversar un rato con ellos. El buen humor de Pacot le agradó desde el primer momento, lo mismo que el interés con que trabajaba no regateando ni tiempo ni fatiga, muy al revés de Rouard que no cogía una herramienta después de las horas fijadas para la cotidiana tarea.

Un domingo, a causa de que Rouard desde que no podía pescar se iba todos los días de fiesta a París, Andrés entró por casualidad en casa de los Pacot.

Su interior era modesto pero de una alegre y agradable limpieza; la mujer, sin ser coqueta, cuidaba de su persona y atavío con el mismo esmero que de su habitación. Las dos niñas, que eran muy amables, no se espantaron al verle.

Andrés había notado en aquel hogar una felicidad apacible y serena, muy distinta de las otras felicidades con que había tropezado en su camino tan agitados o tan impertinentes, y salía encantado de encontrarla tan cerca de su casa, y creyéndose algo su creador por habersele ocurrido un día que necesitaba un obrero ajustador.

La segunda vez quedóse allí más tiempo. La mujer contóle su vida. Lo mismo que Pacot ella no era parisiense, sino que había nacido en el Soissonnais, de Villers-Cotterets. Huérfana a los dieciocho años y recogida por una tía, lavandera como ella, en la calle de Gambetta conoció a Pacot tres años más tarde. Antes de corresponderle, enteróse bien de su conducta, pues prudente y cauta, no quiso ceder irreflexivamente a los impulsos de su corazón. Pacot era ordenado, económico, no iba casi nunca a la taberna; no sabía hacerse valer como decía Rouard siempre que hablaba de él. Entonces se casaron - de esto haría ya unos seis años - y jamás Pacot se había hecho acreedor a la más mínima reconvencción. Jamás resolvía nada sin consultarla, por opinar que una mujer tiene mejor criterio que un hombre. Y ahora estando en el campo en su casita y con un patrón como el Sr. Andrés su dicha era completa.

La construcción del aeroplano apasionábale a Pacot; todas las noches hablaba de eso a su mujer. Ella contábaselo con aquella sonrisa placentera que sorprende tanto a Andrés al saludarla en la estación. La sencillez de sus confianzas, la dulzura y la distinción de la señora Pacot, la gracia y amabilidad de sus niñas atrajéronle allí con frecuencia.

Rouard iba muy raras veces con él; se había hecho amigo del esclusero y le acompañaba al café.

- ¿Tiene usted confianza en el ensayo, Sr. Andrés?, interrogóle la señora Pacot.

- Si no sale bien mañana, saldrá pasado mañana, dijo Pacot que llegaba en aquel instante.

Esta era su frase familiar.

- ¡Oh!, dijo la señora Pacot, él no se desanima nunca.

Andrés había sentado a Bernadette en sus rodillas y la chiquita apretábase contra él; la otra, celosa, tendíale sus brazos rollizos.

- ¡Mire usted si les sienta bien el campo, Sr. Andrés!, dijo la señora Pacot.

Y sacando a Josefina de la silla la levantó en el aire: la niña agitaba sus redondas piernecitas, con los calcetines de color rosa caídos; tenía los ojos azules y las mejillas moletadas.

- Aun no anda, dijo Andrés.

- Ahora empieza, indicó la madre. Pero tiene el cuerpo muy grueso y las piernas muy débiles. ¡Y qué apetito, santo Dios!

Pacot cogió a la niña por los brazos y colocándosela entre las piernas empezó a hacerla andar.

La niña levantaba un pie, poníalo con pesadez oblicuamente y luego levantaba el otro; balanceábase, sentándolo de un golpe, como si quisiera apoderarse de la tierra y rebase, y el trajecito y el delantal le subían hasta el cuello.

La madre, a cierta distancia, animaba a la niña, tendiéndola las manos.

- Esto es lo que a usted le hace falta, Sr. Andrés, declaró Pacot.

Andrés sacudió la cabeza con aire incrédulo.

La tarde moría y en el reloj de la iglesia dieron las ocho.

- ¡Y las niñas que no están aún acostadas!, exclamó la señora Pacot.

- ¿De veras no quiere usted que pase la noche en el hangar?, le preguntó Pacot.

- No, no. ¡Que descanse usted y hasta mañana!

Todavía era de día claro, pero una vez atravesado el puente, bajo los álamos la sombra empezaba a invadir el suelo.

El esclusero, apoyado sobre la barandilla del puente, fumaba su pipa. Una luz brillaba en la cocina, en donde la tía Picquet preparaba la cena y otra en el comedor en donde, sin duda, Rouard estaba sentado ya a la mesa. Andrés no entró; encaminóse al campo. De pronto crepió el hangar casi negro, bajo la luz azulada del crepúsculo. Los álamos estremeciábase suavemente.

Andrés contemplaba el vasto firmamento, en donde entre las primeras estrellas brillaba la creciente luna.

En medio de aquella inmensidad silenciosa asaltaron su espíritu toda suerte de temores. Estaba convencido de que al día siguiente no haría nada de extraordinario; no ensayaría más que un aparato como ensayan todos los días y en todas partes otros franceses. Pero aquel aparato era hijo de su cerebro y de sus manos.

- ¿No se habría engañado? ¿Habría calculado exactamente la forma, la dimensión, la orientación de aquellas superficies sustentatrices que no eran de tela y las resistencias del aire? ¿Sería bastante poderoso el motor? ¿Y aquella hélice colocada detrás del motor, daría la mayor rapidez de translación posible? ¿Aquellos ajustes tan numerosos soportarían la presión de la atmósfera y la acción de las viradas?

La fiebre de júbilo que habíale poseído hasta entonces trocábase en una fiebre de angustia y desconfianza... Ayer aun, no tenía ante sí más que su sueño; hoy algo de aquel sueño había adquirido forma tangible y concreta en aquel cobertizo... ¿Tendría algún valor? Sobre todo ¿cuál sería más tarde?

Andrés no podía alejarse de aquel campo... La noche avanzaba cada vez más; un perro aulló a lo lejos, respondióle otro y todo volvió a quedar sumido en el más profundo silencio. Hacia la izquierda amontonábase las nubes y una tenue sombra veló la luna. Andrés regresó a la casa lentamente. Rouard sorprendióse de que volviere tan tarde. Él, poseído de una inquietud febril, marchaba a grandes pasos por la habitación, expresando sus temores, deteniéndose, volviendo a emprender de nuevo su marcha. Rouard trató de tranquilizarle con palabras triviales. Andrés se calló. Rouard había trabajado con él, bien claro lo veía, como un colaborador poco convencido a quien una débil llama de entusiasmo anima. Y Andrés pensaba que en aquel mismo instante quizás Pacot le hablaba a su mujer del aeroplano, del ensayo, de las probabilidades de éxito, escuchándole ella atenta y confiada también, al ver la confianza de su marido.

El primer rayo del alba echóle de su cama. Andrés sacudió con fuerza a Rouard que dormía aún. Durante la noche había cambiado el viento y el cielo

estaba cubierto de nubes. Un denso vapor que ocultaba las orillas del Somme, flotaba en los caminos, y sobre los prados al ras del suelo. Llegaron al campo con los vestidos empapados de humedad. El viento no era fuerte. Pacot los esperaba con tres hombres de la aldea.

- Todavía hay bruma, dijo. Dentro de una o dos horas...

- No, repuso Andrés. Dentro de una o dos horas habrá demasiado viento... Si el aparato vuela me río de la bruma.

Pacot, obedeciéndole, se acercó a la puerta y se inclinó bruscamente hacia la cerradura que conservaba aún las huellas de los esfuerzos hechos para forzarla...

Metió la llave; el pestillo que funcionaba de ordinario muy bien, resistióse...

- ¿Qué pasa, Pacot?, preguntó Andrés sorprendido al ver que la puerta no estuviese ya abierta.

- Es que... es que han querido forzar la cerradura... Ya se lo decía a usted... Debía haberme quedado aquí la noche pasada.

- ¡Bah!, dijo Rouard, algún vagabundo que quería entrar a dormir.

- Un vagabundo, gruñó Pacot, o alguno que intentaba una mala partida.

Y dirigiéndose a Andrés añadió:

- Usted cree que no hay gente mala... Sin embargo, ustedes habrán visto *subotages* en los mitines de aviación... ¿Por qué no habían de estropear el aeroplano de usted?... Aquí hay ciertas gentes que no le quieren.

Andrés le hizo callar.

- Pacot, usted está loco.

Por fin echó el pestillo y se abrieron las dos hojas de la puerta.

De un gris claro, casi argentado y de forma tan sencilla que le daba una apariencia frágil, el aparato extendía sus grandes alas, muy pronto a emprender el vuelo.

Los tres aldeanos dirigidos por Rouard sacáronle fuera. Rouard verificó el motor, el carburador, las palancas; todo estaba en buen estado. Pacot corrió en seguida a examinar la aceitera que había destapado la vispera. ¡Si alguien había penetrado durante la noche en el hangar, para estropear el aparato, cuán fácil le hubiera sido introducir arena en el aceite!...

Pacot, alarmado, vertióla en otra aceitera por medio de un tamiz... Andrés impacientábase, pero Pacot sin turbarse, continuaba su faena... el aceite estaba puro.

- Subo contigo, dijo Rouard a Andrés.

- No, si hay que romperse los huesos que sea yo solo.

Andrés se puso un jersey, el casco y trepó al asiento. Mientras Rouard ponía en movimiento la hélice, los tres hombres y Pacot retenían el aparato por la cola.

La hélice giró. Andrés levantó la mano.

- ¡Soltad!, gritó Pacot.

Y el aparato partió entre la niebla.

- No se eleva, dijo Pacot.

- No se eleva, repitió Rouard.

Andrés, con las manos en el volante, adivinó en medio de la bruma que le envolvía que el aparato no volaba; en balde se rompió el combustible; una pala de la hélice se rompió de repente. Entonces el piloto cortó los gases y detuvo el aparato, en el mismo término del campo, al borde del canal. El aeroplano estremeciase aún del impulso de su carrera.

Rouard y Pacot galopaban hacia él.

- El aparato ha saltado varias veces..., dijo Andrés; pero el motor no es bastante fuerte; habrá que cambiarle.

- Cuando la hélice está hacia adelante ataca el aire más violentamente, indicó Rouard.

- No, no es eso. El motor es demasiado débil y la hélice, demasiado pequeña, tiene un movimiento muy rápido.

- Pues bien, dijo Pacot, empleando su expresión favorita, se cambiarán el motor y la hélice, y la cosa marchará.

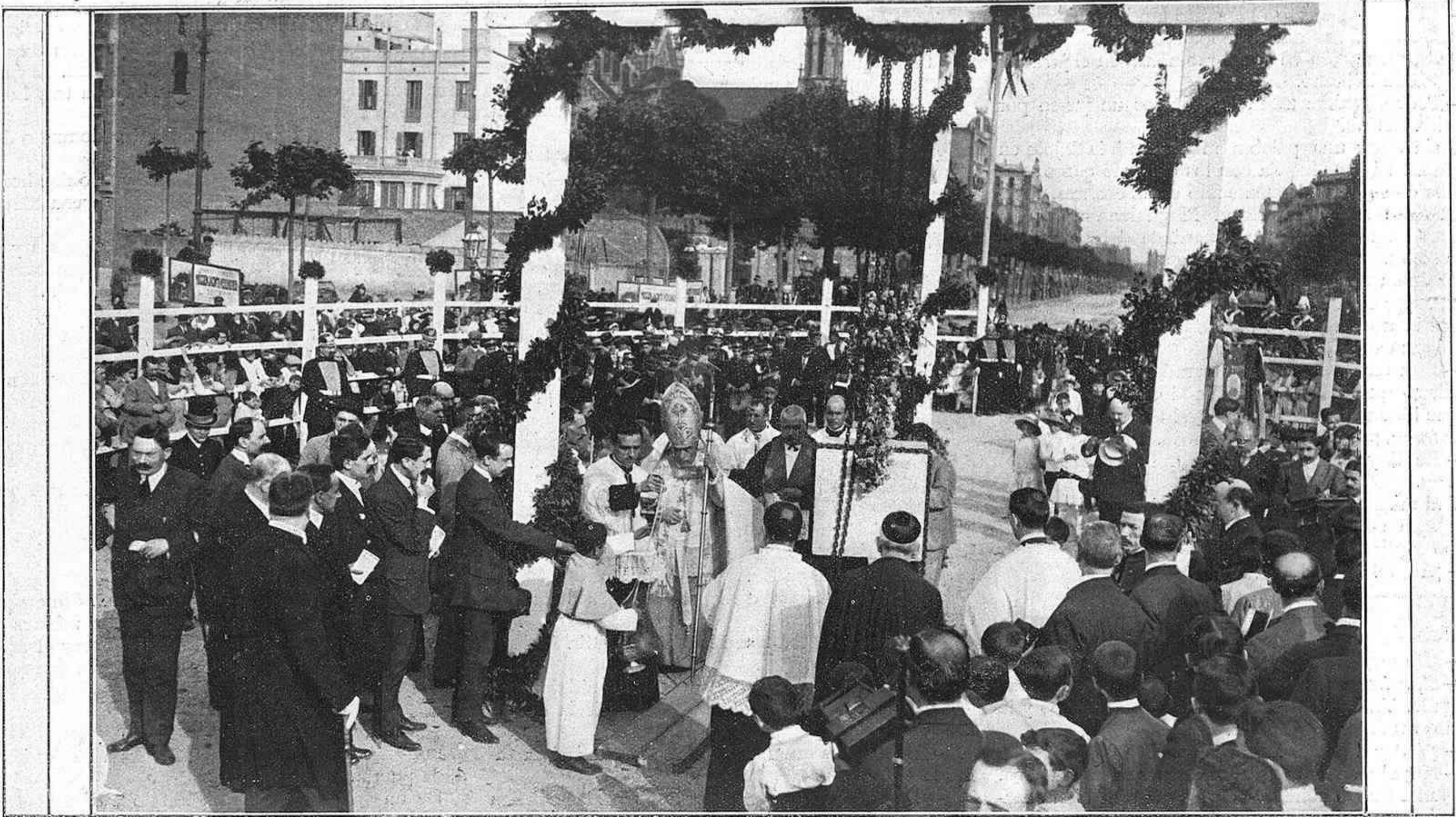
Empujándolo, volvieron a entrar el aeroplano en el hangar. Ya estaban cerca de la caasa cuando divisaron a la señora Pacot que los acechaba desde la esclusa. Su marido llevaba al hombro la pala rota como los marinos de la antigüedad su remo. Ella salió a su encuentro.

- ¿No ha salido bien?

Mostraba tanto sentimiento que Andrés se sintió conmovido.

- Conviélese usted; la segunda vez ha de salir victorioso.

(Se continuará.)



Barcelona. - Colocación de la primera piedra del monumento al poeta Jacinto Verdaguer

BARCELONA. - NOTAS DE ACTUALIDAD

Colocación de la primera piedra del monumento al poeta Jacinto Verdaguer. - Uno de los primeros actos públicos realizados por la Mancomunidad de Cataluña con ocasión de haberse reunido por primera vez en Asamblea ordinaria, ha sido la colocación de la primera piedra del monumento a Verdaguer, rindiendo así homenaje los representantes de la región catalana a nuestro gran poeta, el inmortal autor de *L'Atlàntida* y de *Canigó*.

El acto revistió excepcional solemnidad y a él asistieron la Mancomunidad y el Ayuntamiento de Barcelona en corporación, el vicario capitular Dr. Palmerola, el gobernador civil Sr. Andrade, el rector de la Universidad Dr. Carulla, varios senadores y diputados y representantes del comandante de Marina y de numerosas corporaciones y entidades oficiales y particulares. También concurrieron el *Orfeó Catalunyà* y el coro *Mosén Cinto* con sus respectivos estandartes y la banda de la Casa Provincial de Caridad.

Comenzó el acto leyendo el secretario de la comisión erectora del monumento, señor Raventós, una bien escrita memoria reseñando los trabajos llevados a cabo para la erección de aquél.

Después, el presidente de la citada comisión Sr. Cabot leyó unas cuartillas dando las gracias a todos cuantos habían contribuido a la obra.

A continuación el obispo de Vich, Dr. Torras y Bages, pronunció un elocuente discurso ensalzando las obras de Verdaguer, de las cuales dijo que entrañaban el espíritu de Cataluña y recomendando que nuestra región siga siendo siempre muy catalana y hermana de las demás regiones españolas.

El Sr. Prat de la Riba, como presidente de la Mancomunidad, tributó grandes elogios al insigne vate catalán, hizo resaltar que la obra de Verdaguer encierra la unidad espiritual de Cataluña a la que se debe la formación de la Mancomunidad y dió las gracias a todos los que habían asistido al solemne acto y muy especialmente a las autoridades.

Todos los discursos fueron muy aplaudidos por el numeroso público que presenció la ceremonia.

Seguidamente el Dr. Torres y Bages, revestido de pontifical, dirigió al sitio en donde estaba dispuesta la primera piedra y la bendijo; y las autoridades y demás personalidades firmaron el acta, que fué enterrada, junto con un ejemplar de cada uno de los diarios de esta capital, procediéndose luego a la ceremonia de la colocación de la primera piedra del monumento.

El acta, redactada en catalán, dice así:

«En la ciudad de Barcelona y a 29 de mayo de 1914, reunidas las representaciones de la Mancomunidad de Cataluña, el Excmo. Ayuntamiento, las demás autoridades de la ciudad, las corporaciones y representaciones populares que firman la presente acta, fué colocada en este sitio, en donde se cruzan la Gran Vía Diagonal y el Paseo de San Juan, por el Ilustrísimo obispo de Vich, esta piedra, la primera del monumento a Mossén Jacinto Verdaguer, levantado por la munificencia del pueblo.»

El monumento a Verdaguer será obra de los Sres. Borrell y Pericas, cuyo boceto, aceptado en público concurso, reproducimos en el número 1.621 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; en él figurará también un relieve de los hermanos Oslé, que formaba parte del proyecto presentado por estos escultores y que la comisión acordó con muy buen acierto añadir al premiado.

el alcalde accidental Sr. Pich, el concejal Sr. Mesa, varios funcionarios municipales y una representación numerosa del Centro Aragonés. También vino para el mismo objeto el ilustre patricio aragonés D. Basilio Parafso, presidente de la Cámara de Comercio de Zaragoza.

Las provincias de Huesca y Teruel delegaron su representación en el concejal de nuestro Ayuntamiento Sr. Mesa y en el gobernador civil de esta provincia Sr. Andrade respectivamente.

A las once de la mañana del expresado día, reuniéronse en el actual domicilio del Centro Aragonés las personas que habían de concurrir al acto y entre las cuales figuraban, además de las antes mencionadas, una comisión de nuestro Ayuntamiento presidida por el alcalde accidental Sr. Pich, representantes de las autoridades y corporaciones, los socios del Centro y numerosos invitados.

Organizada la comitiva, dirigióse al sitio en donde se ha de construir el nuevo edificio, que es un solar de la Ronda de San Antonio esquina a la calle de Poniente, y que estaba lleno de una gran concurrencia. Después de una breve ceremonia religiosa, en la que ofició el canónigo de Jaca, Sr. Gavín, y de leídas varias adhesiones, el Sr. Bona leyó una interesante memoria sobre los trabajos realizados por la Junta Directiva del Centro Aragonés para levantar su edificio social y pronunciaron elocuentes discursos los alcaldes de Barcelona y Zaragoza, y los Sres. Mesa, Andrade, Parafso, Ayarce, canónigo de Gerona, Gavín, Muntañola, concejal del Ayuntamiento barcelonés, y Sayos, presidente del Centro Aragonés, todos los cuales fueron muy aplaudidos y acogidos con entusiasmas vivas a la Virgen del Pilar, a España, Aragón, Cataluña, Zaragoza y Barcelona.

Inmediatamente se procedió a la firma de las actas, que fueron colocadas en los huecos practicados en las históricas piedras de cuya llegada a esta ciudad dimos cuenta en el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y que habían sido unidas formando un solo bloque. Después echaron las primeras paletadas de cemento el alcalde de Zaragoza en representación de la inmortal

ciudad; el Sr. Andrade, en la de Teruel; el Sr. Mesa, en la de Huesca; el alcalde Sr. Pich, por Barcelona; el Sr. Parafso, por España, y el Sr. Sayos, por el Centro Aragonés. Colocado el bloque en el sitio que definitivamente ha de ocupar, dióse por terminada la ceremonia.

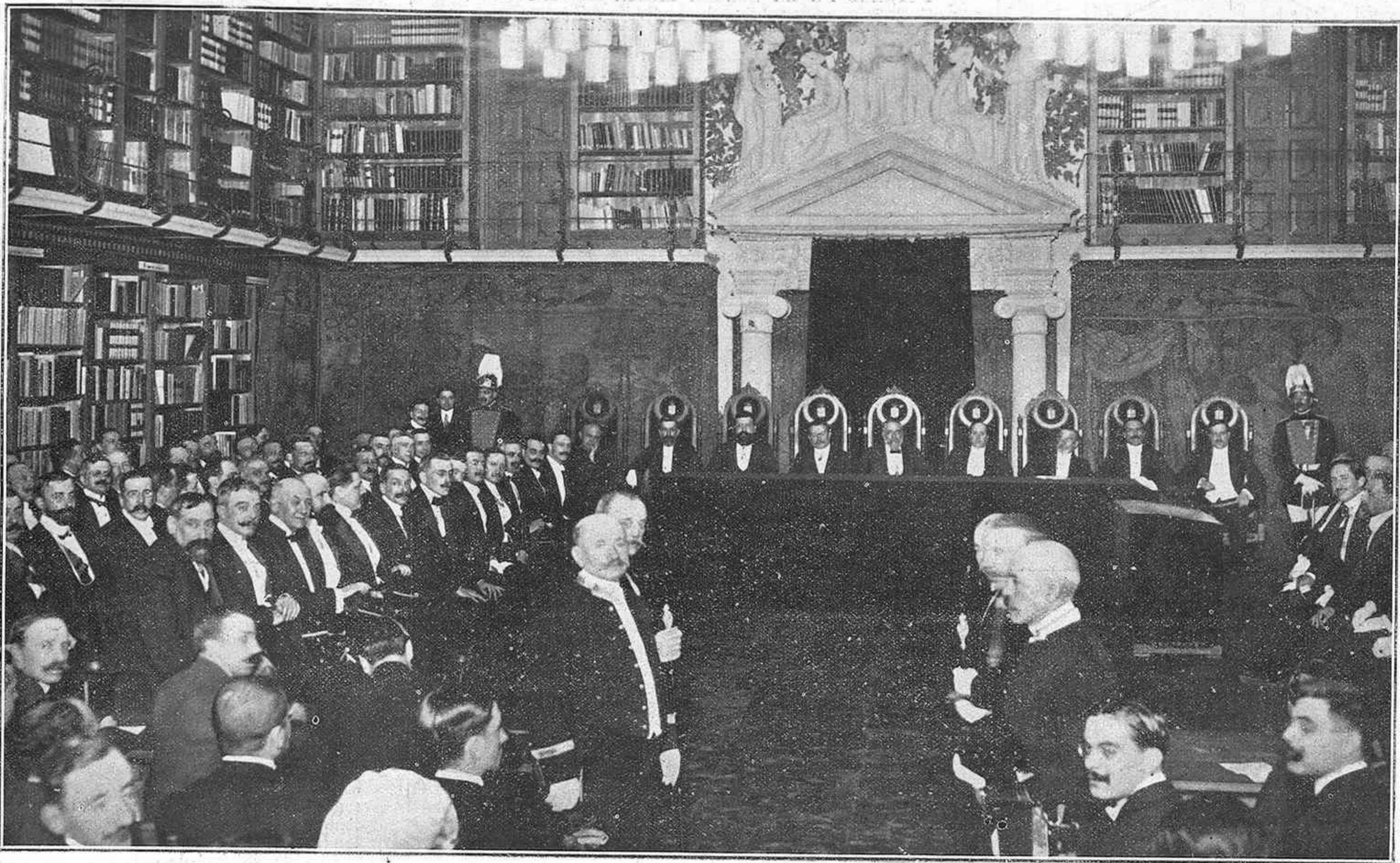
Por la tarde celebróse en el Mundial Palace un banquete de confraternidad aragonesa.



Barcelona. - Colocación de la primera piedra del edificio del Centro Aragonés

Colocación de la primera piedra del Centro Aragonés. - Con gran solemnidad efectuóse el 31 de mayo último este acto, para asistir al cual vino expresamente una comisión del Ayuntamiento de Zaragoza compuesta del alcalde Sr. Palomar, del primer teniente de alcalde Sr. Laguna Azorín, de los concejales Sres. López Alamán, Laguna Ortiz y Sanz y del secretario Sr. Mateos, y que fué recibida a su llegada a esta ciudad por

BARCELONA - INAUGURACIÓN DE LA BIBLIOTECA DE CATALUÑA. (Fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)



Solemne sesión inaugural de la Biblioteca de Cataluña celebrada el día 28 de mayo último en el palacio de la Diputación Provincial

Con gran solemnidad efectuóse el día 28 de mayo último la inauguración oficial de la Biblioteca de Cataluña organizada por el *Institut d'Estudis Catalans*. Asistieron al acto el Ayuntamiento en corporación, los diputados provinciales de las cuatro provincias catalanas que se encontraban en nuestra ciudad con motivo de celebrarse la primera asamblea de la Mancomunidad de Cataluña, representantes de las principales corporaciones y entidades de Barcelona y gran número de particulares, entre los que figuraban los más importantes elementos de la intelectualidad barcelonesa.

Ocupó la presidencia el Dr. Fargas, presidente de turno del *Institut*, y sentáronse a sus lados en el estrado presidencial los Sres. Prat de la Riba, presidente de la Diputación provincial de Barcelona y de la Mancomunidad; Pich, alcalde accidental; Carulla, rector de la Universidad; Mestres, consejero de la Mancomunidad; Alcover, del *Institut*; Rubió y Lluch, presidente de la Sección Histórico-arqueológica; Rosés, teniente de alcalde; y Ors, secretario general del *Institut*.

Abierta la sesión, el Sr. Massó y Torrens, inspector de la Biblioteca, dió lectura a una interesante y documentadísima memoria, describiendo los trabajos realizados para la constitución de la Biblioteca que, creada hace sólo siete años, contiene en la actualidad cerca de 50.000 volúmenes y manuscritos, entre ellos colecciones y ejemplares rarísimos y algunos verdaderamente preciosos; explicando la organización y el fun-

cionamiento de la misma; presentando algunos datos sobre la forma en que han sido escogidos los libros; y citando los nombres de algunas personas gracias a cuyo desinterés y generosidad puede enorgullecerse la Biblioteca de poseer varias joyas bibliográficas de inestimable valía.

A continuación, el secretario general del *Institut*, el ilustre literato Sr. Ors, leyó otra memoria hermosamente escrita enumerando todo lo que el *Institut d'Estudis Catalans* ha realizado, desde su constitución, en pro de la cultura y en cumplimiento de los altos fines para los cuales fué creado, y dedicando grandes elogios a la Diputación provincial y muy singularmente a su presidente Sr. Prat de la Riba, que tanto se desvelan por fomentar no sólo los intereses materiales, sino también y muy especialmente los morales.

El Dr. Rubió y Lluch, delegado expresamente por el Consejo del *Institut*, leyó un notabilísimo discurso, en el que, después de elogiar grandemente la idea que presidió a la formación del *Institut*, se extendió en atinadas y profundas consideraciones acerca de la obra por el mismo realizada, justificándola y ensalzándola, y enumerando lo que se propone hacer. Ocupóse en la actuación de la juventud, de la que tanto se espera, pero advirtiéndole que debe mirar con respeto y cordialidad a los que la precedieron, pues unos y otros deben contribuir al despertar de Cataluña. Sinceró al *Institut* de la acusación de exclusivista que por algunos de sus estudios se le

han dirigido, pues en la historia de la cultura europea no se ha tenido en cuenta hasta el presente, como fuera debido en justicia, el pasado intelectual de Cataluña y el *Institut* ha de tender a subsanar este olvido. Concluyó con algunos brillantes párrafos declarando que el amor y la confianza que en su obra han puesto todos, les darán fuerzas para continuarla y triunfar de los obstáculos que puedan encontrar en su camino.

Puso término a la sesión el Dr. Fargas con un discurso elocuentsísimo expresando su profundo amor a Cataluña, dando las gracias a cuantos habían tomado parte en el acto que se celebraba, recordando en breves y oportunas frases la obra realizada por el *Institut* y dedicando grandes alabanzas al arquitecto que ha dirigido la restauración del Palacio de la Generalidad de Cataluña, donde el *Institut* se halla instalado.

Seguidamente el Dr. Fargas procedió a descender la cortina que cubría la lápida conmemorativa de la ceremonia que se efectuaba y prosiguió su discurso manifestando al Sr. Prat de la Riba que el acto que se estaba celebrando representaba el triunfo de sus patrióticas iniciativas, que sin duda alguna seguirá apoyando de la Mancomunidad; agradeciendo al Ayuntamiento de Barcelona el concurso que a la obra del *Institut* ha aportado; dedicando sentidas frases de afecto al Dr. Carulla, y dando las gracias a cuantos habían contribuido con su presencia a la brillantez de la inauguración de la Biblioteca de Cataluña.

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVÁ
ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

Paris
Data de 1849
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS, PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Fórmese y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS
8^a St-Denis, 16

HISTORIA GENERAL
DEL ARTE
Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
Géptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de
las más lujosas de cuantas ha publi-
cado nuestra casa editorial, se reco-
mienda á todos los amantes de las
Bellas Artes y de las Artes suntuarias,
tanto por su interesante texto,
cuanto por su esmeradísima ilustra-
ción. - Se vende en 8 tomos lujosa-
mente encuadernados al precio de
490 pesetas.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

DENTIFRICOS
HIGEIA
ELIXIR
POLVOS
CREMA
ELIXIR
DENTIFRICO
HIGEIA

AVISO Á
LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

NUEVA REIMPRESION
FABULAS DE ESOP
traducidas directamente del griego y de las
versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-
LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo
histórico-crítico sobre la fábula, y de noti-
cias biográficas sobre los citados autores por
EDUARDO DE MIER. - Lujosa edición en
un tomo, profusamente ilustrado con gra-
bados intercalados, láminas aparte y encu-
adernado en tela. - Su precio: 18 pesetas.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

LUZ Y SOMBRAS
Novela, por lord BULWER-LYTTON
Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pe-
setas para los subscriptores a esta ILUSTRA-
CIÓN.

ANEMIA DEBILIDAD
Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
El más activo y económico, el unico Inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

MADRID

ESTRENO DE LA ÉGLOGA LÍRICA *MARUXA*
EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA

El maestro Vives, autor de la música

Nuestro paisano, el eminente compositor Amadeo Vives, ha obtenido un nuevo triunfo con su *Maruxa*, recientemente estrenada en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid. El éxito de esta obra ha sido inmenso, colosal, de los que forman época en la carrera de un autor, y señala en el arte lírico español una página gloriosísima.

Uno de los más reputados críticos de la corte se expresa así, al hablar de la nueva partitura del maestro Vives:

«*Maruxa* os da la más perfecta sensación del paisaje gallego. Es como una ventana abierta sobre las húmedas y tibias praderas desde la que podéis otear a vuestro placer los esmeraldinos campos, los mazorcales prontos a desgranarse; percibís la grata fragancia del heno y del trébol, el acre olor de los manzanos, el remoto chirriar de las carretas que se hunden en el valle; todo llega hasta nosotros en entonados matices de ritmos y armonías de una deliciosa coloración y empaste...

»De la partitura se destacan en el primer acto un hermoso dúo de Maruxa y Pablo, de una emotiva ingenuidad; la canción del *Go'ondrón*, de una finura cómica exquisita; el dúo de barítono y tiple que le sigue, frenéticamente sensual, aromado de una elegante voluptuosidad y las tiernísimas frases del barítono con que termina el acto. En el segundo, que empieza con un prelude hermosísimo, una de las páginas más bellas de la obra, el terceto de las cartas, lleno de intención, de travesura y de bondad, a un tiempo; el cuarteto que le precede, escrito en séptimas y octavas; el coral siguiente, número de gran efecto, amplio, sonoro, que termina en la

Una escena del segundo acto de «*Maruxa*»
La Srta. Nieto y el Sr. Cots. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

estorbar valiéndose de un taimado mayordomo para satisfacer un capricho egloguesco la señorita con el zagal y el señorito con la pastora respectivamente.

En la ejecución de *Maruxa* sobresalen las señoritas Iglesias y Nieto y los señores Meana, Corts y López.

La obra ha sido puesta en escena con gran propiedad y bajo una acertadísima dirección, y para ella ha pintado dos bellísimas decoraciones el reputado escenógrafo Sr. Muriel.

Terminada la representación, el día del estreno, el público esperó a los autores a la puerta del escenario y el maestro Vives fué conducido en hombros hasta Fornos y saludado con estruendosos aplausos y aclamaciones por los manifestantes.



D. Luis Pascual Frutos, autor del libro

danza característica; la briosa e intensiva página descriptiva de la tormenta, el monólogo del barítono, que tiene el íntimo perfume de una canción de Baldomir o de un añorante canto de Grieg, y por último la grandiosa escena con que termina el acto, triunfante, vibrador canto de libertad y de amor.

»Por voluntad del público la partitura de *Maruxa* se habría oído dos veces, pues las constantes aclamaciones a Vives se sucedían a la terminación de casi todos los números de la obra. No recordamos hace tiempo un espectáculo semejante, tan conmovedor, tan imponente.»

El libro, original de Luis Pascual Frutos, es de asunto sencillo pero hondamente sentido. El argumento se reduce a los amores de la pastora Maruxa con el zagal Pablo que los amos de ambos tratan de

Notable publicación EN PRENSA LA DIVINA COMEDIA por Dante Alighieri

Traducida y anotada por el reputado académico D. CAYETANO ROSELL, conteniendo además un prólogo biográfico-crítico escrito por D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH. - Edición ilustrada con la reproducción de 110 composiciones dibujadas por el notable artista inglés JUAN FLAXMAN.

LA DIVINA COMEDIA, por Dante Alighieri, se publicará en cuadernos semanales de cuatro reales uno, los cuales constarán de 8 pliegos de 8 páginas de texto, conteniendo asimismo la reproducción de las celebradas composiciones de J. Flaxman en número de 110.

La edición se imprimirá esmeradamente sobre papel *couché* y constará de unos 10 cuadernos de 64 páginas de texto con las ilustraciones de J. Flaxman.

SE HA PUBLICADO EL QUINTO CUADERNO

ZÜRICH

GRAN HOTEL VICTORIA
Bahnhofsplatz
Casa de primer orden para familias. - Restaurant.
Prop. A. Kummer-Wenger.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

FUMISTERIA CAÑAMERAS

Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1949
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN